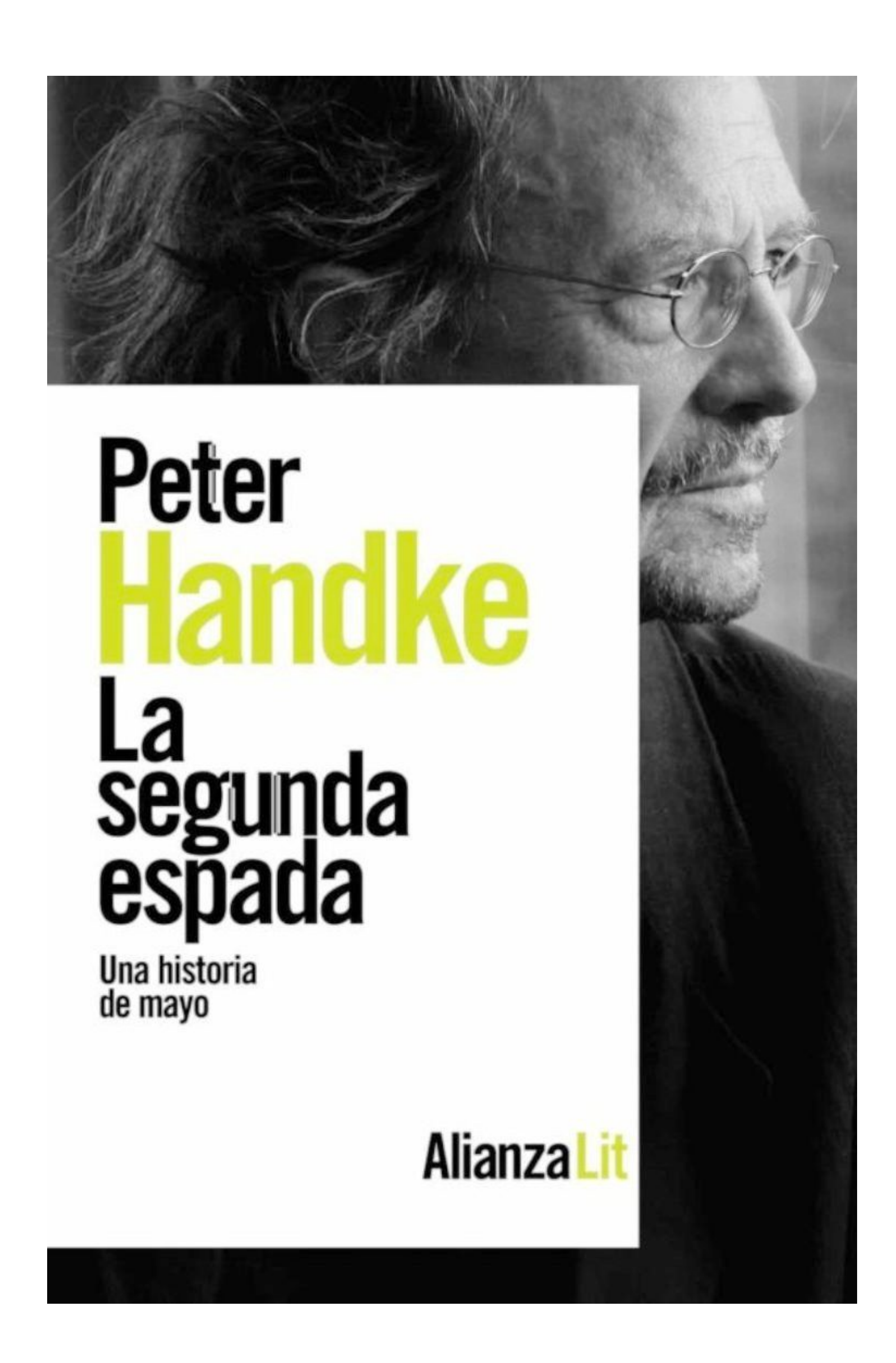

Peter
Handke
La
segunda
espada
Una historia
de mayo
Alianza Lit

Peter Handke

La segunda espada

Una historia de mayo

Traducido del alemán
por Anna Montané Forasté

Alianza editorial

Índice

I. Venganza tardía

II. La segunda espada

Créditos

Para Raimund Fellinger

Y les dijo: Pues ahora, el que tiene bolsa, llévela, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su túnica y compre una [...] Pero entonces ellos dijeron: Señor, aquí hay dos espadas. Y Él les dijo: Basta.

(*Lucas* 22, 36-38)

I. Venganza tardía

«¡Así que esta es la cara de un vengador!», me dije la consabida mañana cuando, antes de ponerme en camino, me miré al espejo. Aquella frase salió de mí sin el menor ruido y, al mismo tiempo, la articulé; la pronuncié en silencio, moviendo los labios de manera muy marcada, como para leerla de mi reflejo y aprendérmela de memoria, de una vez por todas.

Esta especie de conversación conmigo mismo, con la que, por lo demás, de una manera o de otra, a menudo solo durante días, me entretenía —y eso no era una novedad de los últimos años—, en ese momento la experimenté como algo único para mí y, también, más allá de mi persona, inaudito, en todos los sentidos.

Así hablaba y se mostraba un ser humano que, después de muchos años de vacilar, de aplazar, entretanto también de olvidar, estaba a punto de salir de casa y ejecutar por cuenta propia —quizá— la venganza pendiente desde hacía mucho tiempo; ahora bien, más allá de eso, en interés del mundo y en nombre de una ley mundial o, simplemente —¿por qué «simplemente»?—, para sacudir y, en consecuencia, despertar a un público. ¿Qué público? Aquel del que estamos hablando.

Lo extraño fue que, mientras me contemplaba en el espejo, a mí, el «vengador», en forma de la calma en persona y de la instancia por encima de todas las demás instancias, y durante una buena hora literalmente me estudiaba, en especial el par de ojos, que apenas si pestañearon una vez, mi corazón estaba al mismo tiempo cada vez más apesadumbrado y, luego, lejos del espejo, lejos de la casa y la puerta del jardín, incluso me dolía.

Mi habitual charla conmigo mismo, siempre muy verbosa, o era no solamente silenciosa, sino completamente inexpresiva y

nadie se daba cuenta de ella —al menos yo me lo imaginaba así—. O, solo en casa y al mismo tiempo —de nuevo en mi imaginación— más solo que la una, me salía a gritos, en la alegría, en la rabia, por lo general sin palabras, meros gritos, un gritar repentino. Pero ahora, como vengador, entreabría la boca, la redondeaba, fruncía, tensaba, desfiguraba, la abría de par en par, permaneciendo mudo, en un claro ritual que parecía estar previsto, y no precisamente por mí, desde siempre y que, con el tiempo delante del espejo, pasó a ser un verdadero ritmo. Y este ritmo, al final, se había convertido en unos tonos. De mí, el vengador, había salido un canto, un canto monótono, sin palabras, amenazante. Y este había provocado el dolor en el corazón. «¡Basta ya de cantos!», grité a mi imagen reflejada en el espejo. Y al punto me había escuchado y había interrumpido su tarareo, apesadumbrando doblemente mi corazón. Pues ahora ya no había vuelta atrás. «¡Por fin!» (De nuevo a gritos.)

¡A la campaña de venganza!, que había de ser conducida por mí individualmente. Por primera vez desde hacía una década tomé un baño matutino, yo, que todo el tiempo a lo sumo me había duchado; luego, metí piernas y brazos, unos después de otros, de manera ordenada, en el traje Dior negro grisáceo que previamente había extendido con esmero sobre la cama, junto con la camisa blanca que yo mismo había recién planchado; la camisa tenía en el lado derecho de la cadera una mariposa negra bordada con hilo grueso que saqué un dedo por encima del cinturón para que quedara a la vista. Me eché al hombro la bolsa de viaje, que por sí sola pesaba más que todo lo que había en su interior, y salí de casa sin cerrarla, según mi costumbre, incluso en ausencias más largas.

Con todo, tras varias semanas de vagareo por el norte del interior del país, hacía solo tres días que había regresado a mi residencia habitual, en la periferia sudoeste de París. Y por primera vez había tenido ganas de volver a casa, yo, el que, desde el prematuro final de la infancia, cuando no ruptura repentina, había tenido miedo a todo tipo de regresos, por no hablar del regreso al lugar de nacimiento, sí, había tenido

horror a cualquier vuelta a casa —una opresión en el cuerpo hasta las terminaciones más inferiores y últimas de las tripas, especialmente ahí—.

Y esos dos o tres días después de mi tardío, pero, aun así, por primera vez en la vida, «feliz» no (¡felicidad, ni te me acerques!), más bien armónico regreso a casa, habían fortalecido mi conciencia de estar en el lugar adecuado, y de una vez por todas. Nada volvería a cuestionar mi residencia en el lugar ni mis lazos con este. Era una alegría por el lugar, una constante, y semejante alegría todavía aumentó a lo largo de los días (y las noches) y ya no se limitaba, como en las casi tres décadas precedentes, a la casa y el jardín, de ningún modo dependía de estos, iba dirigida, pura y llanamente, al lugar. «Al lugar, ¿en qué medida? Al lugar, ¿en general? Al lugar, ¿en especial?» —«Al lugar.»

A mi insospechada alegría por el lugar, si es que no era, más allá de eso, fe en el lugar (o, si queréis, patriotismo local tardío, como el que puede ser propio de ciertos niños), contribuyó el hecho de que precisamente habían sido declaradas en la región unas de aquellas vacaciones que en el transcurso de los años se habían vuelto tan numerosas, no solamente en Francia; no eran las largas, las del verano, sino las de alrededor de la Pascua, que tampoco eran tan cortas, alargadas este año en cuestión, el de mi historia de venganza, por el puente hasta el Primero de Mayo.

Así, las ausencias, de uno y otro tipo, procuraban un lugar amplio y, de día en día, más amplio y, en algunos momentos, que representaban el día entero, incluso sin límites. Días sin el repentino gruñido del dúo de perros detrás del seto, con el que mi mano, estuviera escribiendo palabras o números (en un cheque, en una declaración de renta), se iba para otro lado y hacía una raya, y una, ¡había que ver lo gruesa que era!, que cruzaba todo el papel, el papel de cheque o cualquier otro. Si todavía ladraba algún perro, era muy lejos, como en los atardeceres de tiempos pasados, en el campo, lo cual ahora también contribuía a la conciencia y al sentimiento espacial de

regreso a casa o, como mínimo, de uno que pronto acontecería.

Esos días había menos gente transitando; mucha menos. En las calles y en la plaza de la estación, a menudo superpoblada, sucedía que desde la mañana a la tarde solo me cruzaba con dos o tres personas, y por lo general eran desconocidas. Pero también este o el otro, que conocía de vista, andaba, estaba de pie, sentado (sobre todo sentado), ¿como si fuera un forastero? Como si fuera otro. Y tanto si eran conocidos como desconocidos: nos saludábamos con regularidad, y eso, por una vez, era saludar. A menudo me preguntaban por direcciones, y yo siempre sabía dónde estaba lo que pedían. O casi siempre. Pero, precisamente, que no estuviera enterado de alguno de los rincones del lugar era un estímulo, para mí, y para el otro.

En los tres días que siguieron a mi regreso, ni una sola vez el petardeo de los helicópteros que normalmente transportaban las visitas de Estado desde el aeropuerto militar de la meseta de Île-de-France hasta el Palacio del Elíseo, en el valle del Sena, o a la inversa. Ni una sola vez el viento de primavera trajo desde aquella pista de aterrizaje hacia «nosotros», así es como pensé ahora involuntariamente en mí y en mis vecinos, los fragmentos de la música fúnebre con la que, en horario oficial, los féretros de los soldados fallecidos en África, Afganistán o en cualquier otra parte, una vez desembarcados de los aviones estatales y colocados sobre el podio de honor denominado «tarmac», solían recibir la bienvenida en patria francesa. Cruzando el cielo, solo a media altura: surcos, espirales, un revoloteo y centelleo (las primeras golondrinas), y un ir y volver disparados (un disparar muy diferente y, aparte de eso, sin la anual llegada tardía de los halcones y demás aves rapaces) de casi todos los pájaros posibles, y, además, de nuevo una ausencia: ningún águila como la que normalmente, verano tras verano, sola en el vacío cielo, en lo más alto, en el cenit, trazaba sus curvas, y que, mirándola, una vez, un silencioso mediodía de pleno verano, en el que yo, abajo, en el suelo, imaginaba que también estaba solo, más allá de esta región, tuve, sin exagerar, la visión, una más bien apocalíptica y de un modo u otro horrorosa, de que, en el punto de mira del águila

gigante, yo estaba en el último agujero celeste que quedaba y era el último hombre aquí en la Tierra.

Y…, después de esta contemplación de las esferas, para tener de nuevo bajo las suelas las calles alquitranadas y adoquinadas de aquí: durante todos los días, tampoco nada de ruido de contenedores de basura por la madrugada o nada del ininterrumpido estruendo-y-estrépito habitual; si se oía algún ruido, era esporádico, ahora tras siete calles laterales, ahora a tres tiros de piedra después de la segunda rotonda y, ahora, en la duermevela, uno o dos sueños después, el contenedor de delante de la puerta del vecino más próximo, aquel que en toda su vida adulta, entretanto considerablemente larga, hasta donde yo sé, nunca ha ido más allá de su casa y del lugar: tampoco de los contenedores de basura del vecino, igual que de los otros pocos a lo lejos, se oía ni golpe ni porrazo; cada vez que los vaciaban, como si apenas hubiera algo que vaciar, apenas se escuchaba un murmullo breve, repentino, luego un crujido, casi un chirrido, como si tocaran un timbre secreto; al final, un suave volver-a-poner-en-su-sitio, probablemente también gracias a los especiales basureros locales que, de tiempo en tiempo, desde el bar de la estación me levantan el vaso y beben a mi salud. Y, luego, la continuación de las imágenes de la duermevela, que preparaban para el día.

A lo largo de mi vida me había venido una y otra vez a la mente la antigua historia, más o menos bíblica, de aquel hombre al que Dios u otra fuerza mayor había alzado agarrándolo por el pelo y transportado desde su lugar de origen a otra parte, a otro país. Y en cuanto a mí, al contrario del protagonista de la historia, que, me parece, hubiese preferido quedarse en su sitio, ¿habría deseado que me llevaran también así, cogido del pelo por detrás y, gracias a una autoridad clemente, me transportaran por los aires desde mi domicilio, lejos, a otro domicilio? ¡Todo menos un domicilio! ¡Nada como ser expedido lejos del ahora y el aquí!

Durante los tres días anteriores a mi ponerme-en-camino para la operación venganza me tiraba del pelo con mis propias

manos casi cada hora, pero no para elevarme del suelo y llevarme en remolinos lejos, detrás de los horizontes, sino para anclarme o arraigarme, para tener los pies bien puestos donde estaba, aquí y ahora, y, oh milagro (o no), por una vez, me sentía en casa. Cómo me agarraba por el cabello cada mañana apenas me había levantado; con la mano izquierda, luego con la derecha, tiraba y sacudía fuerte y más fuerte en un acto casi de violencia contra mí mismo —visto desde fuera quizá yo era uno que estaba intentando arrancarse el cráneo—, y, sin embargo, yo lo sentía como una buena acción que, poco a poco, de arriba abajo, me llenaba todo el cuerpo —y no solo el cuerpo— hasta los muslos, las rodillas, hasta el dedo más pequeño del pie, le imponía en silencio —apagado tamboreo— una persistencia en el lugar que, a cada hora que pasaba, estaba más amenazada.

Con esta rareza —cada tantos años otra distinta, pero que, a mí, me abría los ojos— encajó que, de un día para otro, me pareció que, aquí y allá, alguna de las casas que durante las dos semanas de vacaciones de Semana Santa solía estar vacía estaba habitada. Como si se tratara de una norma local, o incluso de una ley del lugar, después de pasar por delante de una docena de persianas bajadas y similares, siempre me encontraba delante de una casa en la que como mínimo una de las ventanas, si no todas, en especial de la planta baja, dejaba ver el interior, la sala de estar y el comedor. Además, con las cortinas descorridas como a propósito, eso tenía, hasta sin las mesas puestas, algo de hospitalario, sí, algo que invitaba: «¡Entra, por favor, quienquiera que seas!». Sin embargo, los espacios se revelaban siempre vacíos. Y precisamente este vacío incitaba a acercarse más, y despertaba el apetito, uno en sentido amplio. Era impensable que, en alguna parte de la diáfana vastedad de una de esas casas, alguien, el señor propietario o la señora propietaria, o la pareja entera, el clan completo, me estuviera espiando en un rincón oculto del interior, ya fuera en vivo o desde una pantalla. Es cierto que cada vez sentía que me miraban, pero con miradas de simpatía y cortesía. Esas casas solo estaban vacías en ese instante; de un momento a otro me darían la bienvenida desde un sitio

totalmente insospechado, quizá en francés, en alemán o en árabe (lo que sea, menos un «¡welcome!»). Y, además, las voces de niños que vendrían como de lo alto de las copas de los árboles.

Y una vez, la segunda o tercera —y provisionalmente última— mañana de mi retorno y regreso, delante de una de esas hospitalarias casas deshabitadas, en el diminuto jardín delantero en el que la hierba, en lugar de representar césped o lo que fuera, crecía como hierba, una parrilla de barbacoa como anticuada, que parecía que acabaran de improvisar con unas barras de hierro, estaba echando dos tipos de humo de dos fogones vecinos dispuestos muy juntos, de modo que, por un lado, el penacho de humo uniformemente claro subía hacia el cielo en la clásica vertical, mientras que, por otro lado, igual de clásico, un humo espeso, oscuro y hollinoso era empujado hacia el suelo, aunque eso solo al comienzo, al salir del fogón, pues, luego, por caminos indirectos próximos al suelo, también las volutas de este segundo humo, contradiciendo la historia antediluviana del fratricidio, hallaban la vertical hacia el cielo; la negruzca humareda que ascendía a empujones se transformaba en pequeños cirros de un blanco claro, confundiéndose (casi) con aquellos otros, semitransparentes, de la parrilla melliza; y, aún más sorprendente, una auténtica novedad mundial: arriba, las dos columnas de humo, poco antes de que ambas se hicieran totalmente transparentes y desaparecieran en el espacio aéreo, incluso coincidían unos momentos; se enlazaban, se entrelazaban; y lo hacían sin cesar, y siempre de nuevo, conforme iban subiendo de la parrilla el uno y el otro cohete de humo.

Y ¡mira!: la que ahora salía de la casa aparentemente vacía y me invitaba a la comilona en el jardín, esa era, como siempre seguida por su marido un par de pasos por detrás, la antigua cartera, *la factrice,* que hacía unos meses se había (la habían) jubilado, igual que su marido, también cartero, *facteur,* jubilado desde ya hacía años. Todavía guardo la nota en la que ella, «votre factrice Agnès», que siempre iba en bicicleta, nos comunica a la gente de la región que «el 10 de julio de 20..

hará su última ronda, *tournée*», y una vez que creí haber perdido el trozo de papel, para mí, que he perdido tantas cosas en la vida sin lamentarme, fue casi una desgracia; luego, un rayo de esperanza, bajo toda aquella colección de notas, sin buscar, dar precisamente con esta nota que ahora tengo delante de mí sobre la mesa. De nuevo estuvimos sentados los tres en el jardín hasta bien entrada la tarde y los dos antiguos carteros me contaron cómo ambos —el hombre, de las Ardenas, en el noreste francés; la mujer, de la parte montañosa del suroeste de Francia— habían sido contratados por la oficina central de correos para la región de París y de Île-de-France; como gente de campo no cualificada, pero más robusta que la de la metrópoli, sería justo la adecuada para el reparto del correo en bicicletas —en aquella época, se entiende, todavía sin motores—, para las innumerables pendientes de la extensa periferia de París; serían los pedaleadores apropiados para los tramos específicos de la región de Île-de-France, llamados en el lenguaje de los ciclistas, también en el Tour de France, *faux plats*, «falsos llanos», inclinaciones apenas visibles, yendo en bicicleta, en cambio, muy perceptibles, que no quieren acabar nunca.

A pesar de que todavía faltaba un tiempo para el verano, aquel día, en general, los tres días, han quedado en mi memoria como los más largos de todo el año: como si cada noche hubiese sido aplazada más allá de la frontera natural entre el día y la noche; como si, en realidad, «como por milagro», el sol no se hubiera puesto, en todo caso, no hasta que yo estuviera presente en el siguiente episodio local; y luego, en otro, y en otro. E incluso las noches habían llegado sin la sensación de que oscureciera.

De nuevo, ¡mira!: las persianas de la casa que se había construido la pareja vecina que pronto haría una década que había muerto —fallecieron muy seguidos el uno tras el otro— seguían, como desde entonces, bajadas —la pintura, buen trabajo, aún no se había desconchado en ninguna parte—, pero, cruzando el jardín desaliñado en el que aquí y allá, más hermosa que antes, florecía una rosa, había una cuerda para

tender repleta exclusivamente de ropa de niño más o menos oscura, «humilde», se habría dicho antes.

Y escucha: el crujido y chasquido de las ramas frotándose al viento a orillas de los caminos de los bosques de las colinas, como una repetición de las puertas de los jardines, las casas y las bodegas de la región abriéndose hospitalarias (aquel fuego no fue el único).

Y mira eso: el claro en el que habitualmente, ya de lejos, resonaba el clic de los cientos de bolas de petanca, vacío, a excepción de un coche en la linde; detrás del volante, imperturbable, un hombre con los ojos abiertos, inmóviles, sin nada a la vista, solamente el claro, la vasta superficie de grava con las huellas de los equipos jugadores, estacionado expresamente en este lugar para verla, igual que, según dicen, algunos portugueses del interior del país conducen hasta la costa sin otra intención que la de estar durante un rato tan a gusto delante del océano, sin bajar del coche. Pero, aquel hombre, ¿no es, en efecto, un portugués, un albañil que, a diferencia de hoy, a menudo lleva el pelo espolvoreado de cemento, uno de los que por las tardes tengo a mi lado en el bar de la estación?

Y ahora, escucha: el murmuro en lo profundo, bajo la calle lateral. ¡Eso no puede ser el alcantarillado! —Pero ¿qué es? ¿De dónde viene? —Viene del arroyo o riachuelo, ya hace más de un siglo desplazado al subsuelo, que, con el paso de los milenios, ha cavado todo nuestro valle alto (aunque no muy largo), desde la fuente de allá arriba, no muy lejos del actual palacio de Versalles, hasta abajo, hasta su desembocadura en el Sena. —¿Así murmura escondido en lo profundo nuestro Marivel? —Sí, es él, este es su nombre, y mira la curvatura de la calle, mira cómo reproduce con exactitud el curso y la curvatura del Marivel. Qué murmuro. Así no murmura ningún retrete, el centrifugado de ninguna lavadora, ninguna manguera de bombero; así solo murmura un arroyo. Y enseguida vas a ver su agua, a tenerla delante de ti, a la luz del día, a lavarte con ella, a beberla (bueno, mejor no beberla). —

¿Y eso? —Mira allá, la bomba, la bomba de hierro fundido en el espeso jardín. ¡Ve allí y bombea! —Pero si la bomba está oxidada. —Hay que quitar el óxido y seguir bombeando. —Ahora sale algo, más bien barro y suciedad, marrón caca. —Sigue bombeando, pequeño bombeador, sigue bombeando. —¡Sí, mira eso!

Con todo, aquellos días de tiempo libre —se notaba— tenían una duración limitada, y cuando más lo noté fue al ver desde la calle las aulas todavía vacías de la escuela. Todos los ventanales ya estaban limpios; los suelos y las mesas, fregados y lavados. Sin embargo, esa imagen de limitación temporal, de modo parecido a todas las otras imágenes de fronteras temporales en el lugar, no enturbiaba el ánimo para nada. Sobre las repisas de las ventanas y en otras partes se amontonaban y apilaban, no como si los hubieran reordenado expresamente, sino más bien como si estuvieran en su sitio desde siempre, los libros, los atlas y demás «materiales didácticos»; detrás de la pizarra, en un rincón, brillaba un globo terráqueo, y todo esto, junto con la pulcritud de los cristales de las ventanas y el luminoso interior de la clase, tan bien ordenado, con su silencio expectante, pasó a mí, que estaba fuera, como una especie de alegría por aprender, que nada tenía que ver conmigo personalmente o, si acaso, ¿con el que había sido una vez —de eso hacía mucho mucho tiempo— también en realidad? —¿Realidad?

Hermosa limitación del tiempo, que, a la vez, de una imagen del lugar a otra, precisamente en lo que tenían de vacío o incluso cerrado, despertaba la imaginación: ahí y allí, y allí, y también allí, pronto tendría lugar una reapertura, por suerte una indefinible, en cualquier caso, una gracias a la cual soplaría aire fresco.

Desde tiempos ahora ya inmemoriales, el hotel, junto con el bar «des Voyageurs», de los viajeros, casi enfrente de la estación, ya no eran ni un hotel ni un bar. La tercera y última planta había sido reformada en apartamentos de una sola habitación cuyos residentes se dejaban ver a lo sumo como

lejanas siluetas. Tanto más visibles eran, en cambio, el par de ocupantes que quedaban en los pisos inferiores, no eran clientes del hotel, sino que habían ido a parar allí y en su día habían sido alojados por el Estado en las habitaciones de atrás. En el pasado fácilmente habían sido mayoría en el hotel. Sin embargo, luego no hubo nuevos ingresos, y de los antiguos ocupantes a los que la administración seguía proporcionando alojamiento, con más o menos cuidados adicionales, la mayoría murieron en las dos décadas posteriores, por regla general en una de las antiguas habitaciones de hotel, tras una de las ventanas sin cristales equipadas con tapas de cartón o tablas de madera, inadvertidos por el entorno —todavía no vi nunca a nadie sacando un ataúd (seguro que no se habría necesitado más de un portador) por la puerta lateral (solo en el «Voyageurs» aún había una puerta así)—. Y los únicos asistentes al funeral, si es que los había, eran los vecinos de habitación y tugurio que habían sobrevivido. Alguna rara vez sucedía que el difunto tenía parientes, mujer, hermano, un hijo, y eran informados. Pero, según parece, nunca se dejó ver ni siquiera uno solo de la familia en el cementerio. Como si fuera algo habitual en estos muertos, la antigua esposa, el hijo, incluso una vez la madre, al recibir la noticia había reaccionado alzando las cejas en silencio ante el mensajero o, al teléfono, igualmente sin decir palabra, colgando el auricular.

El pequeño grupo de los tres o cuatro últimos, en vez de esconderse en las habitaciones, acampaba, igual se ponían de acuerdo o no, de la mañana a la tarde, casi que hiciera el clima que hiciera, en los escalones de delante de la puerta acristalada, cerrada con cadenas y vete a saber con qué más, por donde se entraba al antiguo «Bar de los viajeros». De hecho, hasta hacía poco habrían representado algo así como una peña calamitosa: el de las muletas subiendo los escalones de uno en uno; el otro, enseñando todo el rato su único pero enorme diente, mirando hacia la copa de un plátano; el tercero, fuera intencionadamente o porque ya no podía evitarlo, se ponía todos los días justo debajo de la rama desde la cual los pájaros, tanto los más pequeños como los más grandes, dejaban caer sus excrementos hasta bien entrada la

noche: pues sí, para él era una necesidad ponerse de cuclillas en el consabido escalón, sin moverse; le sentaba bien notar una y otra vez las cagadas de ave de unos y otros tipos sobre la cabeza, las manos, las rodillas; era un triunfo haber intuido o adivinado con anticipación que próximamente vendría de arriba una bendición especial y haber desplazado la frente en el momento adecuado exactamente hacia el punto adecuado. Y los cuatro, o pronto precisamente solo serían tres, se bastaban a sí mismos. Ninguno tenía ojos para los que pasábamos por la plaza de la estación. Cada vez que yo —con el tiempo, de un modo u otro, más y más necesitado de saludos— intentaba saludarlos mientras estaban en los ruinosos escalones del bar: ninguna respuesta; «cero reacciones». Bien: pasar así de desapercibido me hacía creer que en lo venidero no correría ningún peligro.

Sin embargo, en el transcurso de los días después de mi regreso: la transformación. Esta no pudo venir —o no únicamente— del azulear y verdear posteriores a la Pascua. Porque cada día volvió a llover, hubo tormenta, granizó (con granizos que destrozaron la última media ventana aún intacta del antiguo Hotel de los viajeros), y durante las noches también hizo mucho frío. Cuando por la mañana, camino de la panadería y de los puestos del mercado, tanto en número como en oferta muy mermados, véase vacaciones, pasé por delante del bar, tuve la alucinación o la ilusión de que el local estaba abierto. Y al momento siguiente ya me encontraba sentado entre el par de ocupantes originarios que quedaban en el albergue, en uno de los escalones que parecería que hubieran dejado libre expresamente para mí, ni el de más abajo ni el de más arriba. Me habían invitado con unos sonidos incomprensibles —pero no era necesario entenderlos— compensados con grandes gestos y, al mismo tiempo, yo me había unido a ellos por iniciativa propia. Una botella de vino, la que compartían todos…, no, no me la pusieron debajo de las narices, sino delante de mí, y por una vez, sin mi eterno vacilar, bebí. El vino, la cosa se quedó en un trago, se podía beber quizá como cualquier otro vino por la mañana. Pero lo que me ha quedado en el recuerdo hasta el día de hoy es el

gusto que me dejó el humo de cigarrillo que había en el cuello de la botella y que al beber también me tragué. Nada comparable con la *madeleine* del tiempo perdido y recobrado de Monsieur Marcel Proust, y, sin embargo, una cosa, sí, una cosa duradera de la que me sentí y me siento contento. —¿No había una canción en la que alguien, si supiera quién, cantaba: «Life is very strange, and there is no time»? —Te equivocas: «Life is very short», cantaba John Lennon. —Pero aquí tiene que decir «strange».

Me quedé todavía un rato con la reducida peña o tropa en los escalones del bar de los Voyageurs, que, como de costumbre, estaba cerrado; de nuevo, como de costumbre, me convidaron sin que ninguno de los tres me incluyera en el círculo —porque ellos formaban un círculo o una panda—. Aparte de mí, aquel día estaba con ellos alguien más, una mujer. La conocía, venía de los servicios sociales de la región o algo así, y seguramente tenía que comprobar caso por caso que, en la media ruina, todo estuviera en orden, o algo así.

Esa mañana, pero, también esta señora parecía transformada. Hoy no estaba de pie —el gran bolso perfectamente rectangular colgándole del brazo— en calidad de órgano supervisor delante de los que tenía que controlar, sino sentada entre ellos; por su actitud se la confundía con los otros, se hizo a un lado como si tal cosa para dejar sitio al recién llegado, y fumaba igual que los otros, precisamente estaba cogiendo un cigarrillo de la cajetilla del que tenía sentado a su espalda, a ciegas, sin girarse, como si fuera una costumbre de siempre. Entre todas esas figuras como inclinadas por el viento (no era cosa solo del viento) ahora se sentía como en su casa, tan en su casa como hacía mucho mucho tiempo no se sentía, más aún, como nunca se había sentido. En toda su vida anterior, nada más que irrealidades; una irrealidad tras otra. Claro: tampoco esto de aquí era algo, todavía no. Pero, por otra parte, tampoco era un simple estado de ánimo, efímero, de un día, provocado quizá por los espacios intermedios que, en el tiempo posterior a las vacaciones de Pascua, se abrían más y más y se ampliaban hasta las últimas lejanías y puntos de fuga, o vete a

saber por qué otra cosa. A pesar de que le faltaba poco para la jubilación, dejaría la oficina a partir de mañana mismo, ¡de hoy! ¿Y luego? Ningún pensamiento en un luego. Ahora es ahora, ¡y no le meterían prisa en ningún sitio! Ninguna reunión, o una como la de ahora, a fin de cuentas, también era una reunión, ¡y qué reunión!, la estaba viviendo, «la habré vivido», ¡y de qué manera! Y, de pronto, mientras volvía la cabeza hacia nosotros, que formábamos un círculo a su alrededor, y nos iba mirando uno tras otro, a la que todavía era una funcionaria le saltaron las lágrimas. Lloraba en silencio, sin hacer ruido, y si hacía alguno, quedaba, en medio de los otros pequeños ruidos circundantes, la calada de un cigarrillo, el gorgoteo en la botella, por debajo del límite auditivo. A decir verdad, solo lloró un momento, un brillo en los ojos tras los gruesos cristales de las gafas en el que no solo yo reparé: uno de los borrachines sentados en los escalones del antiguo «Bar de los viajeros», después de desplegarla de una manera más complicada imposible, le dio a la señora una gamuza de limpiar gafas, una que visiblemente aún no había sido utilizada y, también, por su tamaño extragrande, más útil que las gamuzas que circulan hoy en día; además, se la dio con la debida distancia temporal respecto a la una o dos lágrimas que le habían brotado (si es que habían sido lágrimas).

Y yo, que me había añadido al grupo, me quedé de nuevo mucho tiempo sentado ahí, todas las horas hasta el toque de mediodía de las campanas de la iglesia local, al que, a eso de las diez de la mañana, una de las horas habituales para las misas de funeral, había precedido el suave doblar del toque de difuntos, siempre solo dos tonos, agudo-grave, repitiéndose a intervalos regulares que no querían acabar nunca. ¿Me equivocaba al pensar que los que estaban sentados conmigo no tenían oídos para eso? Pero es que no tenían oídos, parecía, para absolutamente nada, ni para la circulación, luego vibración —en el umbral del puente de hierro que lleva a la estación— de los trenes suburbanos, ni, eso de ningún modo, para los continuos avisos por altavoz repitiendo en varios idiomas los números de teléfono a los que se tenía que llamar inmediatamente en caso de equipaje sospechoso y, en general,

de sospecha, sensación de peligro y amenaza determinada o indeterminada.

A todo esto, me vino a la mente aquella narración del siglo diecinueve, entretanto tan lejano, en la que cada vez que a unos reclusos desterrados a una isla en el extremo más oriental del imperio les llega música a los oídos desde la lejanía, en la imaginación del autor, escuchan esta música con la certeza de que nunca más regresarán a casa. ¿Cómo me vino esta historia a la mente? Estando aquí, en la entrada en desuso del bar, con mis anfitriones, que ya no tenían oídos para nada, pero que, al mismo tiempo, se reían, cada hora que pasaba más alto, al final, con una risa sonora, atronadora, gimiente, al unísono, a coro, me vino la idea de que los tres, por último, cuatro (se había añadido al grupo una voz de mujer), soltaban esas carcajadas con la conciencia de que jamás regresarían a casa. Solo que, a ellos, el para siempre prohibido regreso a casa (donde fuera) les proporcionaba un asunto para reír; un asunto del corazón. Esos de ahí se reían del regreso a casa o simplemente de un regreso, y con tonos graves y agudos, de vez en cuando también lastimosos, de todo corazón; desde el fondo del corazón. Con esos, de todos modos, ya no había nada que hacer ¿Y así estaba bien? ¿Eran también una especie de sal de la tierra, una especial, de utilidad para el aquí y ahora? ¿Y también estaba bien que no llevaran disfraces, ni rojos, ni verdes, ni moteados, ni de otro color?

Toda la vida, determinado a hacer lo que a mí me parecía una salida decisiva, había buscado antes una distracción que, de nuevo a mí, me parecía pertinente, esencial, y por cierto, siempre en la naturaleza. Y así también lo hice ahora y aquí.

Desde cualquier punto despejado de nuestra región se veían las colinas que forman un amplio círculo, casi cerrado, alrededor del valle alto. Una de las colinas, contemplada desde la ventana más alta de mi casa, sobresalía como la más elevada de la cadena. Pero solo en apariencia, porque, de todas las colinas, era la que quedaba más cerca. En realidad, todas las cimas de las colinas de alrededor tenían la misma altura, y

tampoco eran colinas, sino más bien las estribaciones delanteras y traseras de las mesetas de Île-de-France que, tanto a mano derecha, como izquierda, bordean el valle: colinas en apariencia; y lo mismo arriba, se trataba de cimas ficticias, simuladas por los árboles de distintas alturas, también de ramaje más o menos extenso, que hacían, en cada caso, de líneas o, más bien, de filigranas fronterizas con el cielo. Además, lo que desde la ventana mencionada se me mostraba como la colina principal —aparte de que aquí la meseta avanzaba imponente simulando el punto culminante— provenía de un gigantesco roble solitario, mientras que, a distancia de este, unos árboles de mucha menos altura representaban el horizonte de lo que, en apariencia, eran otras colinas: abedules, arces, cerezos silvestres, que, si cabe, parecían aún más pequeños, pues a ambos lados del roble principal que se alzaba en el saliente de la meseta, esta retrocedía trazando un arco.

Que esta cadena de colinas cubiertas de bosque espeso que se elevaba hacia los horizontes que parecían más lejanos, y casi en todas las direcciones, era solo una suposición, y que su cumbre era ficticia, es algo de lo que fui tomando conciencia con el paso de los años. Y, sin embargo, seguí viendo y experimentando estas colinas en círculo como las que me parecieron al principio. Los hechos no pudieron hacerle nada a la ilusión. La imaginación era duradera y, con el tiempo, creció en espacio, en materia, en color, incluso en ritmo. Verdadera o no: producía su efecto. La más alta de las colinas, enmarcada a sus pies por la cruz de la ventana, continuó siendo la más alta de las colinas, y el nombre que originariamente se me ocurrió darle, sin querer, en broma, se le quedó a lo largo de las décadas. Y entretanto hace ya mucho tiempo que se ha naturalizado, en casa y en mí: «La Colina Eterna», «La Colina Eterna de Vélizy».

En los tres días posteriores a mi retorno, todas las mañanas me senté duchado, peinado y vestido como es debido junto a la ventana de arriba. Las dos alas abiertas de par en par —si no, el viejo cristal quizá habría desfigurado la visión— y a

contemplar la Colina Eterna, sin la cruz de la ventana como mediadora. No era un contemplar expreso, a propósito o intencionado. Así pues, ¿era un observar? Dios me libre, eso sí que no. Cada vez que en mi vida he pasado del ver y simplemente mirar a algo así como una observación, he hecho, y no únicamente en mi opinión, algo indebido, incluso prohibido, al menos para alguien como yo. Y, además, desde niño estoy falto de toda mirada científica y, seguramente aún más, de la correspondiente ambición. Ni siquiera el juego del «veo, veo» es para mí. Lo mío, si es que hay algo mío, es percatarme, sin hacer nada, de alguna cosa, claro que, en mi imaginación, véase más arriba, de forma completa y de una vez por todas, y, luego, con la imagen, inmediatamente y en el acto, dejarme llevar hacia un sueño despierto, tan despierto, que no sé de otra cosa más despierta.

En los días anteriores a mi salida para perpetrar la venganza, el bosque de la Colina Eterna —imágenes casi como a cámara rápida, una tras otra— había verdecido, y la última mañana, con sol esplendoroso y céfiro, el verdor infinitamente variado se extendía y ondulaba, cambiando su juego de una especie de árbol a otra —ninguna casa que distrajera la mirada—, hacia el azul uniformemente puro del cielo. Y no solo cada verde lucía, brillaba, resplandecía ¡incluso griseaba! de manera diferente; diferente el de los sauces, alisos y álamos al pie de la colina; el de las hayas y fresnos a media altura; el de los abedules, robles, robinias, serbales, castaños que había por todas partes; también el follaje de las distintas familias, aquí denso, allá más bien ralo, se movía, remolineaba, giraba, ascendía y descendía de un árbol a otro de manera diferente, como transportado colina arriba por las ondas y ondulaciones de las franjas de sombra en la fresca fronda.

«¡Es allí!», pensé para mí. «Tiene lugar allí, sucede allí.» Y al momento, la interrupción: «¿*Qué* sucede?» —«Eso.» Y al mismo tiempo —la colina desapareció al instante de mi vista—, con los ojos cerrados vi lo que me había faltado de una forma que clamaba al cielo, y no por primera vez en los días pasados y, más intensamente aún, las noches pasadas, como algo, ¿sólo

para mí?, para siempre desaparecido y perdido. «¿Cómo? ¿Se puede ver algo que falta?» —«¡Sí! ¡Y encima no era una cosa, sino una palabra!» —«¿Quizá el Eterno Retorno?» —«¡No! Lo que vi, como palabra y como cosa, fue la continuación.» —«¿La Eterna?» —«Únicamente la continuación. ¡Vamos! ¡Hacia la continuación!»

Me quedé sentado un rato, de nuevo un buen rato, junto a la ventana abierta hasta bien entrada la mañana. No moví ni un dedo. En el flanco de la colina cada copa de árbol parecía un molino. Los molinos, molían y molían. ¿Qué hacían? ¿No estarían haciendo la continuación? Pues sí: la continuación. Y así como de follaje en follaje dominaba un verde diferente, así también de fronda en fronda se molía, giraba, rodaba, volteaba de una forma claramente distinta. ¿«Cada pájaro vuela a su manera»? Sí, y así también se descendía, balanceaba y trepaba, elevaba y dispersaba de una forma completamente diferente entre uno de los árboles molino y el siguiente.

El día se hizo más caluroso y, en el plano medio, entre la ventana abierta y la Colina Eterna, revoloteó por primera vez en el año aquella diminuta pareja de mariposas que, cuando vuelan una en torno a otra, arriba y abajo, siempre me parece que se convierten en tres, cuando no cuatro, y me recuerdan al balcánico juego del trile, y por eso las llamo «Mariposas de los Balcanes». En su danza en pareja —o lo que fuera—, la pareja se movía sin cesar hacia mí en espirales cada vez más cerradas y frenéticas, intensificándose el frenesí —o lo que fuera—, y, por último, solo a un palmo de distancia de mis ojos, con tal velocidad que los claros círculos de las alas se iluminaron en una ráfaga de luz, y, al mismo tiempo, como en una imagen reversible, durante el momento cumbre de la velocidad de vuelo, pareció que el dibujo circular se detenía, que quedaba sin movimiento o más allá de todo movimiento. Y ahora me invadió una alegría indecible por mi no hacer nada, y por continuar dejando de hacer y por no hacer nada, y por seguir así, no haciendo nada y dejando de hacer, y así sucesivamente.

Luego me llegaron durante todo el día —¿qué ciencia me va a

decir cómo ocurrió y por qué?— las imágenes y los nombres de lugares, ciudades y, sobre todo, pueblos, en los que había estado a lo largo de mi vida. En ningún caso se trataba de una imagen recordada. Pues de aquellos lugares verdaderamente no había nada que recordar. Allí yo había vivido. Ni se me habían abierto los ojos en relación con algo, aunque fuera la cosa más pequeña, ni me había ocurrido nada, ni siquiera una puerta de vaivén me había golpeado los talones. Lo que no paraba de darme pequeños empujones eran más bien los nombres de los lugares y, luego, como anexo de los nombres, empezaban a despuntar imágenes vagas, marcadas a lo sumo por elevaciones y depresiones, de una calle, de un camino rural o, excepcionalmente, de una pasarela, sin barandillas, sobre un arroyo, de una diana para dardos agujereada en un rincón de una fonda. Sí, a menudo los nombres de aquellos lugares, por regla general polisílabos, tenían en sí mismos más fuerza visual y contornos más definidos que la corte de imágenes nebulosas o imágenes añadidas del apéndice. Circle City/Alaska, Mionica, Archea Nemea, Navalmoral de la Mata, Brazzano di Cormòns, Pitlochry, Gornji Milanovac, Hudi Log (traducido, Lugar malo), Locmariaquer: en estos sitios no me había pasado absolutamente nada, ni bueno ni malo, no había tenido ningún amor, ningún miedo, ningún peligro, ningún pensamiento, ningún conocimiento, por no hablar de una vinculación o, Dios que estás en los cielos, o donde sea, una visión. Por estos lugares únicamente había vagado, había pasado por casualidad, y si quizá me había quedado una noche, había sido por indecisión (¿o tal vez deliberadamente, porque el lugar se ajustaba a mi indecisión?).

¡Y mira! Aquel día, el último antes de mi imprevista partida, supe de los silenciosos enjambres de imágenes con los nombres de los lugares del mundo que he recorrido, por el que he caminado y tropezado, como pruebas de existencia, si no pruebas de gracia. Tú y tus semejantes habéis existido y seguiréis existiendo, como mínimo hoy y mañana. Que me llegaran así, volando, imágenes y nombres era como una satisfacción, también e igualmente si se trataba de Fischamend, Rum (cerca de Innsbruck), Gernsbach, en la Selva Negra,

Windisch-Minihof, Mürzzuschlag.

Antes de que terminara ese mismo día, esto ya se había acabado. Como cada tarde de la semana en cuestión, a eso de la puesta de sol (que entretanto ya era más tarde) me fui, después de haber pasado exitosamente horas con mi seguir-no-haciendo-nada, al Bar de las tres estaciones. El dueño, era su juego de costumbre, me mostró el interior de su nuevo traje en el que en sospechosas letras mayúsculas ponía ARMANI, a lo que yo, siguiéndole el juego, le dije «solide!», y él, a su vez: «¡Como yo! *Comme moi!*».

Durante una hora no sucedió otra cosa que lo habitual. Ya fuera delante o detrás de la barra mirábamos en la televisión del bar, casi sin hablar, a lo sumo con un par de exclamaciones, el partido de fútbol que retransmitían todas las tardes, por lo general de la liga inglesa o española, a no ser que jugara el Marsella, el equipo de la ciudad en la que el dueño del bar, con quince años, huérfano de padre, analfabeto y sin oficio, había llegado medio siglo atrás —un barco lo había traído desde el norafricano Atlas a Europa— y en la que pronto había logrado establecerse, también, dijo, gracias a las muchas noches que al comienzo pasó al raso.

Se acercaba el fin de semana y, terminada la jornada laboral, el Bar de las tres estaciones («dos», por las de autobús, y «tres», por la estación de cercanías «a unos cuantos tiros de arco de distancia») estaba concurrido, por lo menos comparado con la plaza, más bien vacía, y en lo sucesivo cada vez más vacía, que quedaba entre el bar y la estación de ferrocarril suburbano propiamente dicha, la «nuestra». La impresión de que el local estaba lleno probablemente se debía a que casi todos los clientes estaban de pie, si no junto a la barra, unos pocos pasos más allá, cerca de la televisión. Sentada solo veíamos siempre, también esta tarde, a una sola pareja, en un rincón del fondo, como si se escondiera, parecía también que se apartara expresamente de la ventana.

Cada uno de nosotros estaba de pie o sentado, primero en

solitario, a distancia del otro, claramente diferenciado, y no únicamente en lo que se refería a la indumentaria, el color de piel y demás. Un grupo era una rara excepción, casi extraña, aunque fuera pequeño, dos o como máximo tres, una pequeña tropa de trabajadores un viernes por la tarde, igual que ahora, extranjeros, polacos, portugueses u otros. Pero como mínimo todos teníamos una cosa en común, a saber, lo que no era nuestra causa (o cómo llamarlo), jamás de los jamases: un viaje de vacaciones —véase la despoblada plaza—; el par de semanas libres, o bien se iba a casa, al pueblo, o bien se pasaban aquí, *in situ*, pero por nada del mundo había que viajar a algún destino vacacional, el que fuera. ¿Jamás de los jamases? Vete a saber.

Conocía a casi todos los clientes que se reunían ahí después del trabajo, y a algunos no solamente de vista. En su sitio, que entretanto se había convertido en su sitio habitual, estaba el antiguo dueño del otro café de la estación, ya abandonado —año tras año las persianas más deterioradas—, como un cliente más, el más silencioso de todos, aun siendo el más comunicativo y abierto, y, al mismo tiempo, estaba ahí como de incógnito, como alguien que no era como el que se mostraba. A veces, cuando de día yo pasaba por delante de su antiguo lugar de trabajo, golpeaba las persianas metálicas, un compás rápido que simplemente sonaba así, una sílaba, y otra, y de nuevo otra, e imaginaba que del interior perceptiblemente vacío y desamueblado, de alguna manera, me devolvían el saludo.

Después del partido de fútbol, ya incluso durante el descanso, surgieron, sin que esto fuera la norma —entonces, ¿cómo?—, las charlas de viernes noche. La semana pasada, Adam, el albañil, electricista, techador, carpintero, técnico de calefacción, etc., portugués, había conocido por primera vez desde hacía vete a saber cuánto tiempo a una mujer; de eso ya hacía seis días, y contó los seis delante de mí con los dedos de la mano una y otra vez. Y cómo resplandecía la cara de Adam mientras contaba, un resplandor que no solamente se debía a los cabellos limpios y al apurado afeitado de fin de semana.

Había estado en casa de ella dos veces ya. Él la había invitado a cenar una noche, pero, luego, el dinero de los billetes para regresar a casa, bus, tranvía y tren, se lo había dado ella, once noventa, más caro que el menú que él le había pagado: «¡Y hoy ya me ha llamado catorce veces! Por primera vez una mujer que no quiere dinero de mí y, además, ¡brasileña!».

El mánager, o lo que fuera, de uno de los pisos más altos de los rascacielos financieros de La Défense, que, en cualquier caso, era el que mejor sueldo ganaba de todos —es lo que nos había hecho notar—, también, a diferencia de nosotros, que éramos unos pardillos, el «enterado», de repente y sin que le preguntaran, contó que estaba intentando abandonar las altas esferas. Pero, por lo visto, «ellos» no dejaban que se marchara, «todavía no». Su «competencia» era única y especial, y todavía la necesitarían. Y, sin embargo, decía que se sentía inferior a los que estaban por encima de él, que estaba «por debajo del nivel» de los que no tenían otra intención que vencer y matar, sí, «¡no estoy a su altura! Quiero irme a otro lugar. ¿Adónde? No lo sé. Ojalá lo supiera. Pero una cosa sí sé y he sabido siempre: quiero llevar una vida caballeresca, *une vie chevaleresque,* y una vida así, esos de detrás de las colinas no la admiten, no la conocen, no tienen ni la más mínima idea de lo que es *une vie chevaleresque*. Liberarse, pero ¿cómo? Alejarse de los matones de los pisos más altos, ¡y a la caballería!, pero ¿cómo?».

Según mi costumbre, yo iba apartando la vista de lo que sucedía en el interior para mirar hacia afuera, tan lejos como podía, aunque menos hacia el cielo que al suelo. La vista más alejada era la del parque infantil, en la prolongación de la plaza de la estación hacia el oeste; la tarde en cuestión, literalmente, en dirección hacia la puesta del sol. Pero, un buen rato después de que el sol hubiera desaparecido, aún había dos niños columpiándose y, de vez en cuando, igual que las mariposas que había visto por la mañana, también ellos dos parecían tres: tan rápido se columpiaban en una especie de competición, como más pálido y sombrío era el horizonte, más alto y más fuerte. Me vino a la mente «los niños columpiándose

en la lejanía» y, además: «Homero», pero no la épica bélica de la *Ilíada* ni las andanzas de Ulises, ni siquiera su regreso final a casa, con los suyos, más bien un tercer poema homérico, uno que nunca había existido y jamás existiría. ¿O quizá sí, aunque no compuesto de cantos? Y mira ahora: uno de los que se columpia en la lejanía está arriba, y luego el otro. Y cuanto más se acercaba la oscuridad, más alto se columpiaban los niños.

Hacía rato que era de noche, y yo me hallaba, como no era raro en fin de semana, en el Bar de las tres estaciones, que poco a poco se iba vaciando, al lado de Emmanuel, el pintor de carrocerías, el que de tiempo en tiempo me enviaba al teléfono móvil un poema que acababa de escribir, por lo general a eso del amanecer, antes de ir a su taller, que estaba en una de las ciudades nuevas, una docena de estaciones de ferrocarril más allá.

«Manu» era, entre los que se encontraban en el local después del trabajo, si no el que contaba más cosas de sí mismo, sí el que lo hacía con mayor seriedad. Si me las contaba a mí, a solas, como ahora, porque le había preguntado o no: no lo puedo decir. En cualquier caso, por mi parte, podía contar algunas cosas de él que iban más allá de que, si llevaba camisa, siempre era de las que no necesitaban planchado.

Hoy me enteré del motivo de la aparente quemadura o pequeña mancha de tinta, como indeleble, que tenía en su antebrazo: se trataba de un tatuaje, su único tatuaje. Y se lo había grabado él mismo siendo adolescente, hacía más de cuatro décadas, como modelo, «une pâquerette» (¿de «pâques», Pascua?), una margarita, una chiribita. ¿Y la razón de semejante tatuado de propia mano? Al final de la infancia se había visto excluido de todos los que eran de su misma edad, y con la familia, padre, madre, hermanos, estaba reñido desde siempre. Con el tatuaje quería dar una señal visible: ¡Soy uno de vosotros! —Una señal, ¿a quién? ¿A los demás muchachos? —Ni se dieron cuenta —no es de extrañar, ya entonces *la pâquerette* como tal era irreconocible, igual que el tatuaje como

tal—. La señal «Soy uno de vosotros» iba dirigida a mí mismo.
—¿Y funcionó? ¿Te viste a partir de entonces como uno más?
—*Mais oui!* ¡Pues claro!

Después de servir al ejército en ultramar, en la jungla de la Guayana, Emmanuel había regresado aquí, la región donde había nacido y pasado la infancia, y también había trabajado siempre aquí, con lo cual apenas había salido ya de las fronteras del departamento. En las últimas décadas no había estado ni una sola vez abajo, tras las colinas, en el cercano París, y mucho menos en el mar. ¿Matrimonio? Ninguno. ¿Hijos? «Néant». ¿Mujeres? Las adoraba y, si hablaba de alguna —siempre solo con alusiones—, no decía más que cosas buenas. Por lo demás, era evidente que desde hacía mucho tiempo no «había salido con él» ninguna, pues lo que me contaba ahora de su último encuentro sonaba como una canción inocentona: arrobado como un niño me señaló la zona de su mejilla rasurada a cero —era viernes noche—, donde «ella» le había soplado un beso, y, entretanto, también de este acontecimiento hacía ya varios meses.

Un tipo infantil, también travieso: era uno de esos. Y al mismo tiempo yo tenía la idea, y no únicamente desde la noche en cuestión, una idea que no se me había ocurrido de nadie más en nuestra región, de que ese Emmanuel, un día, incluso pronto, mataría a alguien. (Pero ¿no había alguien más, un tercer asesino u homicida? De eso se hablará luego… quizá.) Y para semejante «visión» no tenía explicación alguna, y de ningún modo me servía el que, en las películas policiacas, al menos en las antiguas, los asesinos a menudo tuvieran las pupilas desplazadas hacia arriba, que en los ojos dominara lo blanco, como era el caso también de mi amigo.

Una vez yo ya había empezado con eso, y él se había limitado a reírse de mí. Pero su primera reacción a mi acusación, más bien fingida, había sido una sacudida, si bien apenas perceptible, un súbito apartarse-de-algo. Y ahora, en el bar, a su lado, a distancia de los otros, también del dueño —aunque este tenía oídos en todas partes—, le pregunté: «¿Has matado

ya a alguien?».

Ni yo mismo sabía cómo se me había ocurrido esta pregunta, y tan repentinamente —por mi parte, con una sacudida—. No llevaba una segunda intención, todavía no. Pero lo de ahora ya no era una pregunta en broma. Iba en serio, «¡Por fin otra vez la cosa va en serio!», dijo algo en mi interior. «¡Adiós querida holganza!»

«Sí, una vez», respondió, «en la Guayana, la verdad es que no fue a propósito, pero todavía hoy me duele, una serpiente. Fue el regalo de una mujer el último día de mi servicio militar, una serpiente selvática, mansa, un animal bonito, con unos dibujos como cortezas de árbol. En la caja para el transporte la mujer le había puesto expresamente para mí una cinta alrededor del cuello con la que, ya en casa, en Francia, sacaría la serpiente a pasear. Aquella misma noche, sin querer, tiré a oscuras una y otra vez de la cinta, ya no sé por qué, quizá fuera un juego, y a la mañana siguiente encontré a mi querida serpiente estrangulada. ¡Mi eterna culpa!».

«Y yo, cuando vivía en Orán, maté a una golondrina», se entrometió el dueño, que estaba barriendo el suelo al otro extremo del mostrador. «Aunque no estoy seguro. La golondrina estaba posada junto con otras en un alambre del tendido eléctrico, bastante lejos, y yo estaba junto a la ventana de mi madre y apuntaba al pájaro con mi tirachinas de juguete, ¿o simplemente al alambre? Y una vez, sin que yo hiciera nada, la piedrecilla salió disparada, y donde había estado posada la golondrina: ¡un hueco! Dios mío, cómo me asusté, y de todos los bofetones que me había dado mi madre, este fue el único por el que ni rechisté.» (*Ambas historias traducidas aquí al alemán.*)

Para lo que seguí preguntando a Emmanuel bajé el tono de voz cada vez más y más, y no porque quisiera escapar, pongamos, a la atención de Dschilalis, el «Sublime» o el «Poderoso». Es verdad que hablaba bajo, pero, en cambio, con mayor claridad, sílaba a sílaba: «¿Matarías a alguien para mí?». Ni siquiera

meneó la cabeza, sólo me miró un instante, riendo, y, al mismo tiempo, riéndose de mí: si eso seguía siendo una broma, no tenía ninguna gracia. Y me volvió la espalda. Y luego yo: «¿Y si te pago por ello? ¿Diez mil? ¿Quince?». Luego, mi amigo pintor de carrocerías volviendo el rostro por encima del hombro hacia mí: «¿Qué te ha hecho esa persona que la quieres muerta?». Luego yo: «No es a mí a quien ha hecho algo o a mí también me ha hecho algo, en primer lugar, a mí, pero a eso ya estoy acostumbrado, incluso de vez en cuando me parece bien, me sienta bien: la persona hizo algo, y algo más que una mera injusticia, a mi santa madre ¡que en paz descanse!».

Esa noche, al expresar de repente algo que durante años sólo había pensado para mis adentros (no de manera permanente, pero sí periódica), la cosa se puso seria y, con cada palabra, más seria, y siguió así: «A quien ofendió a mi madre, y además con palabras que le negaron toda honra, hay que hacerlo desaparecer. ¡Ya es hora —si no hoy por la noche, pues mañana y, como muy tarde, pasado mañana—!».

De lejos, el dueño, que estaba secando los vasos, con voz de locutor: «¡Matâ!¡Matar! Con la espada. Mah al-saif. ¡Cortar la cabeza!». No necesitó para nada preguntar primero por la ofensa en particular; a sus ojos, la ofensa a una madre merecía en sí misma la muerte. Tampoco Emmanuel siguió preguntando y, a pesar de que él no quería tener nada que ver con su madre ni, en general, con las madres, pareció ahora que su mirada por encima del hombro me comprendía, o como mínimo comprendía mi repente —pero no era un repente—. ¿No dijo luego: «Tienes que hacerlo tú mismo», aunque de nuevo con el tono de juego social con el que había comenzado nuestro diálogo o triálogo? «Para algo así no puedes contratar a un sicario.» Luego, de nuevo yo, ahora exclamándome: «¡No, tiene que ser un asesino a sueldo! ¡Como hijo no debo y no quiero ser el ejecutor directo de la mujer!». Luego, el cliente y el dueño casi a coro: «O sea, se trata de una mujer». Luego, durante un rato, silencio. Y, de pronto, un desconocido que había estado escuchando sin que lo viéramos se ofreció para

matar a la que había cometido un delito capital, sin cobrar, iba en serio. Pero aquí, ¡vaya si me arredré y mentí!: «¡Solo era un juego!».

Nos quedamos en el bar hasta casi medianoche, y no solo nosotros tres, también algunos clientes rezagados, como los tres basureros que habían venido después de su ronda por todo el valle alto, y, vete a saber por qué, esta vez nos invitaron, a mí y a los otros, a una última copa —no, no hay que decir nunca «última»—. En la tele, sin volumen, echaban *Río Grande,* con John Wayne, y a uno se le escapó: «¡Qué modo de andar tan bonito tenía!», a lo que el dueño soltó su «¡Como yo, *comme moi*!».

De vuelta a casa pasé expresamente por la estación; el último tren para Saint Quentin-en-Yvelines, que iba por Versalles y St. Cyr, todavía no había llegado. Atravesé el paso subterráneo y luego, arriba, también el andén, en busca del que, además de Manu, en mis pensamientos había imaginado como el instrumento de mi venganza. La verdad es que busqué sin mucho entusiasmo, hacía tanto tiempo que ya no me cruzaba con el hombre en cuestión que creía que había desaparecido, que se había esfumado para siempre, muerto. Normalmente, a eso de la medianoche, como ahora, después del penúltimo tren, era casi seguro que estaba, medio a oscuras, detrás del saliente de una pared o de una columna, escondido en alguna parte donde el sistema de videovigilancia no pudiera detectarlo. Pero siempre que me veía su voz se alzaba repentinamente, una voz suave, como preocupada por mí, preguntándome por mi estado de salud. Una vez que yo le respondí preguntándole dónde vivía —había salido de detrás de su columna, pues cuando estaba conmigo creía que no era sospechoso—, me dio la típica respuesta de un sintecho: «*À gauche et à droite*, a la izquierda y a la derecha». Invierno y verano llevaba la misma ropa aseada de tela fina, véase la «chaqueta cortavientos» (una palabra acertada), y a menudo temblaba de frío, y no solo en diciembre; y, aun así, su voz seguía siendo suave, mansa como la de una mascota. Había trabajado de cocinero en muchos cafés, nunca en París,

siempre por los alrededores, en todas las direcciones de la periferia, sur-norte, este-oeste, ya en aquella época, una semana a la izquierda y otra a la derecha, claro que de otra manera. De eso ya hacía mucho tiempo y, desde entonces, de día vivía —vete a saber de qué— invisible y, a eso de la medianoche, salía de la sombra de una columna o del hueco de una pared de esta estación o de una vecina. No había cocinas más pequeñas que las de algunos de aquellos cafés, incluso una cocina de barco era amplia en comparación; por lo general se hallaban en la zona del sótano y de los lavabos; y una vez que con sus enormes ojos de nuevo me buscó desde uno de sus rincones subterráneos de la estación, lo vi al mismo tiempo detrás de la mirilla acristalada de una de esas puertas de cocina, vi solamente su cabeza, el gorro de cocinero sobre su negro cráneo africano, y no de frente, que era como estaba, sino de perfil, en la imagen no se veía más que la cabeza inclinada sobre una sartén invisible o cualquier otro utensilio y, además, borrosa, desfigurada por el vaho interior de la mirilla de la puerta, lo vi alterado y, sin embargo, de manera aún más perceptible, como solo los cocineros natos, concentrado en lo suyo, que ahora ya no lo era, y por muy apasionadamente que me siguiera hablando de sus formas de preparación, tiempos de cocción, recetas altamente personales, nunca más volvería a serlo. O vete a saber, ¿quizá sí? No era ni mucho menos viejo. ¿Volvería a África? ¿No se necesitaban allí también otros magos, magos como él? ¿Santos de detrás de las columnas como él?

En los últimos encuentros a medianoche, Ousmane me había dado miedo, miedo no por mí, sino ¿por él? Más bien un miedo sin dirección, sin objeto determinado. El modo como vivía (o malvivía) desde hacía tanto tiempo, día y noche, eso, en todo caso, no podía ser o, pronto, y entonces de un momento a otro, ¡terrible instante!, dejaría de ser. Pasaría algo, a no ser que alguien cuidara de él. Y este *alguien* era yo, desde hacía mucho tiempo su único prójimo. ¿Que cómo sabía yo eso? Lo sabía. Y cuidar de él significaba que debía hacerle un encargo. ¿Un encargo a cambio de dinero? Él, Ousmane, había rechazado siempre mis (iniciales) ofertas de dinero, dicho sea de paso, sin

orgullo, pero era estricto; a lo sumo de vez en cuando me había mandado a medianoche al kebab para que le comprara un café, en los alrededores de la estación era el único local todavía abierto. Y ahora tampoco aceptaría dinero por el encargo. Le importaba únicamente el encargo. «Hace ya mucho tiempo que espero de ti un encargo. ¡Tienes que encargarme algo de una vez por todas! ¡Me lo debes!» Esto no me lo decía, me lo hacía sentir, y no simplemente con sus inmensos ojos, como sin pestañas, también con lo que de forma indirecta me contaba de él —cada vez más pesado y, al final, sólo hacía eso, en vez de saludarme y, en general, de cualquier intercambio de palabras—: «¿Sigues viviendo solo? ¿Es grande tu casa? ¿Cuántas habitaciones tiene? ¿Cuántos fogones? ¿Está en una calle pública o en un camino privado?». Quería que yo lo acogiese en mi casa, no como a un vagabundo, por amor al prójimo, sino como a un colega y socio, para lo cual, después de tanto parloteo nocturno sin más consecuencias en el frío de la estación, ¡ya iba siendo hora! No era que más o menos deseara vivir conmigo, en casa; lo exigía. Juntos tramaríamos algo, los dos daríamos un golpe sin igual. Yo tenía que hacer el favor de pensar algo para él, y él, eso era asunto del chef, lo ejecutaría, ¡una cosa que daría el campanazo! Al cabo, en nuestro último encuentro, cuando él aparentemente con las mismas palabras de siempre, como de costumbre, me preguntó por la casa, sucedió que de repente Ousmane, tras su columna, me empujó y apuñeteó, cierto que amigablemente, al estilo africano, por así decir, sin embargo, tan fuerte que casi me derriba. Y por primera vez me fijé en el gran tamaño de los puños de aquel hombre tan delgado como enjuto, luego, en la longitud de los dedos, que aún llamaba más la atención por el color casi blanco de la palma de la mano.

¿Olvidé pronto el momento? En cualquier caso, Ousmane me importaba. Siguió siendo valioso para mí, como uno de los que enseguida en tanto que «él» o «ella» podían ser «yo», y «yo», por el contrario, «¡tú!, sí ¡tú!»; insospechada, imprevisible transmigración de las almas por un momento, del que yo habría podido contar cosas eternamente. La persistente ausencia de Ousmane me dolía. Y, no obstante, me sentí

aliviado cuando tampoco esa medianoche lo encontré detrás de una de sus columnas y pilares. La cosa inminente no era para él, de hecho, no era un asunto conjunto; era únicamente mío. No debía encargarlo a nadie. Y, no obstante, era un encargo: que debía encargarme a mí mismo.

De regreso a casa desde la estación no utilicé la acera, sino la mediana de la carretera que sale de la población en dirección sur y que yo, según como, a veces llamo «carretera»*, a veces «magistrala». La franja, de día de un blanco apagado, ahora, de noche, como fosforescente, empezaba después del paso subterráneo con un ancho de vehículo de cuatro ruedas y, fuera de la población, se iba haciendo más puntiaguda tomando la forma de una flecha, hasta que, ya antes del desvío hacia mi casa, adquiría la medida habitual de una mediana. Por allí corría yo sin preocuparme por los coches, si bien escasos, que circulaban —ninguno que tocara el claxon o me deslumbrara— y me esquivaban, como si un corredor de medianas así fuera lo más natural.

Una vez en la cama me dormí al instante. Sueño sin sueños. Del que sentí que me despertaba, más empujado que arrancado, repentinamente y, al mismo tiempo, con suavidad. Ninguna sensación de que hubiera pasado el tiempo y menos aún de algo así como un tiempo intermedio. Y, sin embargo, la esfera iluminada del reloj en el ángulo de la habitación marcaba que había dormido más de dos horas. A diferencia de lo que era habitual en mí, que, no solo durante el día, sino también por las noches, como desvelado, siempre sabía la hora, a menudo al minuto exacto —ya en la infancia en el pueblo era así, para asombro de toda la familia—, ahora, aquí, me habría equivocado mucho, o me habría quedado corto o me habría pasado por una enorme cantidad de tiempo. ¿Era por la luz de la luna? Pues era verdad que al quedarme dormido enseguida había dejado las persianas subidas. Pero no había ninguna luna iluminando, y mucho menos luna llena. ¿O era por los gritos de las lechuzas que desde lo alto de la Colina Eterna resonaban en la casa? De nuevo, no: ¿gritos de lechuza como alboradas?, imposible; desde siempre los prolongados

sonidos de estas aves pasada la medianoche habían hecho el silencio aún más profundo y, sin despertarme, me habían envuelto en el más pacífico de los sueños.

Estaba tumbado completamente despierto, la calma en persona. Habitualmente, siempre que durante la primera mitad de la noche había llegado a algo así como una decisión irrevocable o certeza indudable, el despertar, ya fuera de día o, mucho más menudo, en la segunda mitad de la noche, volvía a cuestionarlo todo. Y no solo eso: lo que durante la vigilia había pensado, visto con claridad, sabido, definitivamente decidido, se mostraba al que, de golpe —asestado por un puño gigante —, habían expulsado del sueño como un completo sinsentido, sin objeto y, más allá de eso, como una presunción, un sacrilegio, el «pecado capital de la soberbia». Y semejante cambio de lo sucedido a altas horas de la noche, de madrugada era la regla general y, a mis ojos, una ley (que durante las consabidas horas nocturnas precedentes había olvidado).

Estos de ahora no eran, sin embargo, tiempos habituales. Con independencia de las altas horas de la noche y de la madrugada: la decisión tomada durante la vigilia era firme. Vengar la ofensa infligida a mi madre no era un delirio. ¡Había que ponerse en camino y no descansar hasta la ejecución! Todos estos años, solamente juegos mentales, aunque fueran serios, muy serios, tragedias: eso, por fin, se había acabado. —Pero, aquel delito, ¿no había prescrito entretanto? —Tonterías: ¡para cosas así no había prescripción que valiera!

Ahora no te precipites; por lo general, la precipitación, de palabra y obra, era uno de mis males fundamentales. A pesar de que casi no aguantaba más en la cama, me quedé tumbado, los batientes de la ventana bien abiertos. El ruido de las autopistas de la meseta, tras los bosques, se escuchaba más bajo que durante la anterior semana de Pascua, el follaje recién brotado lo amortiguaba y, comparado con el rugido de los automóviles en invierno, era casi un susurro. No hacía viento y, sin embargo, por la ventana entraba una brisa, y era como si solo me soplara el elemento aire.

Luego, con las primeras luces, limpié mis zapatos más viejos y que mejor resultado me habían dado, con ellos, a pesar de que no eran zapatos de montaña, había cruzado los Pirineos españoles y, más al sur, la sierra de Guadarrama y, después, la sierra de Gredos. Y para el café me obsequié con los granos molidos con mis propias manos del Blue Mountain de Jamaica, al que, más allá del gusto, yo le atribuía, y no únicamente esa mañana, unos poderes curativos que no se hallaban en ningún otro café del mundo. Era digno de atención que, en la hora antes de partir, gustar y oler tuvieran preferencia frente a mi normalmente dominante ver y oír, mirar y escuchar. El olor del betún, así como el de los granos de Blue Mountain aún por moler, me llegaba hasta lo más hondo, mientras que las vistas y los ruidos matutinos, también los más delicados, significaban poco o nada para mí; existían, pero no tenían validez alguna; cualquier imagen, cualquier sonido había quedado sin efecto. Y era digno de atención que, como si fuera a cambio de la pérdida de sentido para la hora actual, parecía que había ganado uno adicional para los pesos: sin ninguna intención, sopesaba en mi mano cada una del par de cosas que metía en la bolsa para el camino, me la pasaba de una mano a la otra, y ahora sentía un placer que nunca había conocido en el peso «justo adecuado» para mi propósito, ahora, en la levedad «ideal». Y, finalmente, yo, que en tiempos habituales, a primera hora y hasta bien entrada la mañana, cuando no hasta después del mediodía, no puedo probar bocado, sentí un apetito repentino y con gran placer me comí bajo el tilo del jardín una manzana, una «Ontario», con un trozo de pan tostado llamado «pain festif» (de la panadería local); a cada «trago» (así es como sabía), el paladar acompañado de una involuntaria inclinación-de-la-cabeza-sobre-la-nuca, hacia el cielo, como si se tratara de un manjar de los dioses. Me comí la manzana, como a veces las peras, con el «corazón», el resto de la flor, y el «rabo».

Ni un día sin leer en un libro, sin deletrear, sin descifrar. ¿Cuál de los libros que estaba leyendo tenía que meter en la bolsa para la expedición? ¿*Los trabajos y los días* de Hesíodo? ¿El Evangelio «según Lucas»? ¿*Los vecinos de enfrente* de Georges

Simenon (no era una de sus novelas policiacas —ahora, nada de novelas policiacas o de detectives, y mucho menos en este día especial—)? Hesíodo, no: después de elogiar la Edad de oro y, ya menos contento, la de plata, se quejaba, creo, de la quinta y última, la de hierro, como de lo peor que uno se pudiera imaginar y, como una edad así, el poeta veía ya en su tiempo, más de dos mil quinientos años atrás, la suya propia, el presente. No, no había que llevar los «trabajos y días» para el camino. Tampoco las buenas nuevas de Lucas, con su resurrección y su ascensión y, al final, los peores malhechores, quizá «hoy estarás conmigo en el paraíso» —en otra ocasión, sí, por mí, pasado mañana mismo, pero hoy: ¡no!—. Y Simenon, a su manera magistralmente astuta, me distraería de mi asunto; no tenía nada en contra de ciertas distracciones, dado el caso, las consideraba esenciales, pero ese tipo de distracción para el día que me esperaba: de nuevo, ¡no! Tendría que ser un día sin lectura o, a lo sumo, con una casual, de paso, una inscripción en la piedra de un muro. Y, sin embargo, ahora ya estaba echando en falta el ruido de las páginas al volverlas, sobre todo el crujido de algunos papeles finos de imprenta, música inigualable. Hoy, ningún libro. *No book today, my love is far away.*

A diferencia de todas las anteriores salidas en las que había dejado la casa, el jardín, el lugar, tampoco busqué señales, ni de un tipo ni de otro (¿o había sido siempre más bien asaltado por ellas?). Que al atarme los zapatos se me rompiera un cordón no significó ni que era aconsejable quedarse ni que semejante ímpetu me traería la ruina —no significó absolutamente nada, nada de nada—; puse tranquilamente cordones nuevos, de todos modos, los otros ya hacía tiempo que estaban para tirar. ¿Y el gato negro como el carbón que se cruzó en mi camino? ¡Que ahora mismo se me cruzara otro como ese! Y la bolsa de viaje al hombro, ¿no tenía algo de réplica de aquel fardo de tela con el que Lev Nikoláievich Tolstói ciento diez años atrás se había marchado de su Yásnaia Poliana para morir en el cuarto de la estación ferroviaria de… —¿cómo-se-llamaba?—. —¿Y qué? —Y los dos aviones, tan cerca uno del otro, allá arriba, en el cielo: ¿no estaba el

segundo persiguiendo al primero y, de un momento al otro, le dispararía, y eso significaría guerra? —Eso fue una vez.

Nada podía desanimarme en mi propósito de partir. Pero tampoco era necesaria una animación especial. En otros días, puede ser, habría leído algo así en el vuelo de un petirrojo que, camino de la puerta del jardín, no paraba de pasar por delante de mis pies, siempre cerca del suelo. Ahora veía su actuación, actuaba para mí, hacia mí —se alejaba de mí para esconderse en los arbustos y regresaba—, como un mero bis que, sin embargo, me fortalecía, me reafirmaba como parte del resto del acontecimiento natural, y me convertía en un compañero de reparto.

Pero ¿qué me estaba interpretando el pajarillo rechoncho con el parche color teja en la garganta? Hacía de «entrenador para la venganza». Sí, semejante papel existía y, si no, existía en mi fantasía, al menos mientras duraba la escena. Y no salía exclusivamente de la fantasía; recordaba, traía a la memoria y repetía aquella otra escena, tan diferente, del Antiguo Testamento en la que el profeta Elías o quien sea, en el desierto o donde sea, después de perseverar durante mucho tiempo, finalmente percibe la voz de Dios, pero no en el rugido de la tormenta, la lluvia de relámpagos y el retumbar de los truenos del comienzo, sino, si no me equivoco, en la larga calma de después, y de esta sale la voz de Dios como el más suave de los susurros o murmullos (¿cuál sería la palabra hebrea?) o, en mi imaginación, como un chirrido.

Este episodio bíblico es considerado comúnmente como una prueba y un símil de que Dios no se hace escuchar por medio de las fuerzas de la naturaleza y con la voz de la tormenta y el trueno, antes bien… (puntos suspensivos). En las Sagradas Escrituras se narra adecuadamente la continuación de la historia: saliendo del silencio, la voz susurrante de Dios, más suave imposible, encomienda algo de manera imperiosa y urgente al profeta del desierto rocoso: ¡Venganza! ¡Véngame! ¡Venga a mi pueblo!

Eso también se me adjudicó a mí la mañana de mi partida en calidad de público del pajarillo de la pelusa roja. Por todas partes chillaban los cuervos, graznaban las cornejas, afilaban los cuchillos los herrerillos, resonaban los papagayos asiáticos, silbaban los mirlos, refunfuñaban los arrendajos, gruñían las palomas, sí, gruñían, se quejaban las urracas, cuchicheaban los herrerillos, tamboreaban los-vete-a-saber-cómo-se-llaman, pero del petirrojo que no paraba de revolotear a mi alrededor haciendo elegantes *loopings,* tan cerca que casi se podía tocar, que con sus revuelos se me adelantaba, aparte del apenas perceptible susurro de sus alas, no salía ni un sonido. Y, al fin, el pájaro se posó a la altura de mis ojos en la rama desnuda de un espino, la cabeza erizada me escrutaba sin que del pico saliera el más mínimo sonido. Un sonido, luego, sonidos sin cesar, breves, siempre los mismos, rítmicos, vinieron de su balanceo en la rama, del insistente asentimiento con todo el cuerpo, no solo con la cabeza, un asentimiento con todas sus fuerzas, por fin también audible, como un suave raspar y, al mismo tiempo, como una orden severa: «¡Hazlo!¡Hazlo!». Y así estuvo todavía un buen rato, actuando, haciendo sus ejercicios delante de mí, hasta que el rechoncho rojizo desapareció volando, silencioso, hacia el seto de hiedra donde desde hacía tres días estaba construyendo un nido, en el pico, hasta ahora no me había dado cuenta, tiras sueltas de virutas de lápiz; la rama siguió balanceándose en el vacío.

Con los años se había convertido en un hábito que, al marchar, mirara una y otra vez por encima del hombro hacia la puerta del jardín y hacia la casa, en parte oculta por los árboles. Entretanto también daba varios pasos marcha atrás y, por cierto, contados, ahora nueve, ahora trece, basándome libremente en los supuestos números sagrados de los mayas de Yucatán. Esa mañana evité tanto mirar hacia atrás como andar hacia atrás. ¡Todo recto!, con pasos inusualmente grandes, casi como los de un conferenciante que sale del telón y se dirige al atril.

A todo esto, me sentía totalmente dueño de mí mismo, como hasta el momento sólo en los tiempos sagrados. ¿Comenzaba

ahora, pues, un tiempo sagrado? Ya lo veríamos. (¿Lo veríamos? Vosotros y yo.) También notaba en tensión cada fibra o célula o lo que fuera de mi cuerpo por algo que, comparado con la juventud, me había ido desapareciendo cada vez más: estar en tensión y vibrar por aquella presencia de ánimo que, al mismo tiempo, era disponibilidad. En cambio, mis distracciones, que, por otra parte, ya antes de mis años mozos, en la infancia, eran como mínimo igual de frecuentes, con la edad, «por motivos de edad», se habían incrementado —al menos esta había sido mi opinión hasta hacía poco—. Se notaba especialmente en los olvidos cotidianos, que iban en aumento, en el-no-haber-manera-de-volver-a-encontrar las llamadas cosas de uso común, su qué, su cómo y, ante todo, su dónde, hasta que encontré la explicación, si queréis, la excusa: no se debía tanto a mí y a mi edad como al carácter intercambiable, uniforme, poco atrayente y, quizá de manera más palpable (o, precisamente, en absoluto palpable), a lo innecesario o a la inutilidad, dejando aparte unos pocos objetos inmemoriales o clásicos, de casi todas las cosas actuales de supuesto uso común, de todos los utensilios contemporáneos; se unía a ello lo innecesario de todas las acciones, tanto dentro como fuera del hogar, y, como consecuencia, al fin y a la postre (y no todo acaba bien), haber extraviado y olvidado todo —a veces clamaba al cielo—, lo viejo y lo nuevo.

¿Explicación? ¿Excusa? Daba igual: al marchar, por fin, lejos de la casa y del domicilio: resurgimiento de la originaria presencia de ánimo, una transformada y nueva: por una parte, entereza, «estar preparado para lo peor», como ante una catástrofe amenazante, cuando no la guerra, la última (preparado también para intervenir); por la otra, una presencia de ánimo, en un bucle repetitivo, como una toma de consciencia, como, en el mismo momento, sí, simultáneamente, un ser consciente, ¿de qué?, de tantas y tantas cosas, de nada y de nuevo de nada, pacífico, más pacífico inimaginable (en la Tierra), la paz personificada, otra suerte de encarnación. «En paz, sin competencia alguna»: en cualquier caso yo lo sentía así, la paz, por delante, y la lucha o lo que amenazaba, más

bien atrás, en alguna parte: en conjunto, una solemne apacibilidad, y yo, por la mañana, de camino, de momento vete a saber hacia dónde, formando parte de ella. Una frase de *Anton Reiser* me vino a la memoria, hablaba de una mañana cálida pero gris, «el tiempo tan apropiado para viajar, el cielo tan cercano a la tierra, los objetos en torno tan oscuros, como si la atención debiera centrase solo en el camino».

Pero ¿por qué, ahora, antes de que yo dejara la avenida y entrara en la carretera*, la joven de tacones altos que iba por la acera en dirección a la estación retrocedía asustada ante mí, el del semblante —según la imagen que tenía de sí mismo— tan pacíficamente serio, un movimiento de retirada acompañado de un grito más estridente imposible?

Sí, lo sé: ya de niño había tenido fantasías violentas, y no eran en modo alguno simples imaginaciones, por no hablar aquí del padrastro, al que, después de las noches en que pegaba a mi madre persiguiéndola por toda la casa —además, su risa—, cuando por la mañana dormía la mona en el suelo, al lado de la cama matrimonial, le rompía el cráneo con el hacha que había ido a buscar al cobertizo para la leña. Y, todavía en los últimos años, aquí, en el otro país, yo, el forastero, el extranjero, al oír en los jardines vecinos el gañido y gruñido, que a menudo parecían no querer acabar nunca, de los perros nativos —más nativos, imposible—, una y otra vez no podía deshacerme de la fantasía, por la que, por otra parte, no me sentía muy animado, de hacer estallar por los aires la correspondiente casa de nativos con un «bazooka» —de cuyo aspecto concreto no tengo ni idea, tampoco de cómo funciona —; no dejar piedra sobre piedra, convertirlo todo en un infierno de llamas, con los correspondientes alaridos animales y humanos. Y, en efecto, un día de esos voy a realizar un acto de violencia (o igual no): con uno de los muchos fragmentos de bordillo que todavía hay por ahí de la época de la monarquía, romperé el escaparate del local de yoga que está a la vuelta de la esquina como castigo por los maltratados versos de los poetas a los árboles, a la autosuficiencia y a la tranquilidad de espíritu, trufados con sabios proverbios indios y tibetanos del

tipo «Aceptar todas las situaciones, todas las emociones, todas las acciones, todos los seres», y salpicados con «Hagan el favor de llegar con diez minutos de antelación» y «Antes de entrar, se ruega quitarse los zapatos».

«¡Te (La, Lo) voy a matar!», eso, a modo de maldición, en tiempos más bien no sagrados, hablando conmigo mismo, ya me había venido a los labios. Pero todavía nunca se había convertido en algo audible, y mucho menos sonoro, delante de otros. Si un día eso llegara a ocurrir, la maldición, imaginaba yo, se volvería en mi contra y, efectivamente, tarde o temprano tendría que perpetrar el asesinato u homicidio. Los sueños recurrentes del pasado en los que yo formaba parte de una familia de asesinos a punto de ser desenmascarada —una estirpe asesina a lo largo de siglos— hacía tiempo que habían cesado, para mi asombro y casi a pesar mío.

Yo sentía y sabía que era un asesino nato, vete a saber por qué, quizá los sueños habían encendido la llama o, al revés, eran una consecuencia. Por el contrario, en absoluto un vengador. Aunque aquí habría que hacer una distinción entre «vengarme» y «vengar a alguien». Según recuerdo, a mí mismo me he vengado una única vez, y ese recuerdo no puede engañar, porque de semejante venganza no me ha quedado grabado en la memoria nada, absolutamente nada, salvo que fue un miserable fracaso; aquel, no, aquella, la niña de la que me quería vengar, se burló de mí desde mi primer movimiento, la palabra desacertada que fue ignorada en el acto, y yo también lo fui; mera imitación, más torpe imposible, de lo que a un niño (yo) le parecía que era una «venganza»: variante «venganza infantil».

Por el contrario, más de una vez, en años posteriores, el impulso de vengarme por lo que habían hecho a otros. Y esos otros, extraño o quizá no, eran, sin excepción, miembros de la familia, de la de mi madre, en realidad, eran solo sus dos hermanos, forzados a combatir como soldados del imperio del hampa alemán en Rusia —«¡que la tierra extranjera os sea leve!»—, expulsados de este mundo a metrallazos. Ella, la

hermana, me contaba a mí, el adolescente, historias de esos hermanos una y otra vez, y con tanto amor que yo, el que escuchaba, los veía en la puerta ante mí, encarnados de otro modo. Y ella contaba y contaba más historias. Las contaba por la mañana, por la tarde, por la noche. Y yo, más y más fuerte: ¡Venganza! Solo que: ¿de quién tomar venganza?, ¿a quién agarrar si todo era intangible desde hacía tanto tiempo, cuando no desde el comienzo? Y, sin embargo: ¡Venganza! Y, de nuevo: Pero ¿cómo? ¿De qué manera? ¿Con qué medios y cómo obtenerlos? ¿A quién obligar a la expiación, y cómo? Hacer que otros expiaran, ¿no era cosa de la autoridad? ¡Nada de autoridades y cargos oficiales! Por otro lado, un cargo, sí: el cargo de la venganza, y ese era mi cargo. Y, de nuevo: un mayor impulso, y una mayor parálisis.

Nunca había contado con que un día ese cargo debería ser desempeñado con toda seriedad. Y cuando se me exigió a mí —así es como lo experimenté—, sucedió, por así decirlo, bajo signos exactamente opuestos a los mencionados. Con algo comparable (no, nada es «comparable») me había topado una vez mucho tiempo atrás, una sola vez: una carta anónima con la amenaza de matar a mi hijo si no conseguía devolver a la vida a los seis millones de judíos que mis antepasados (eso solo entre líneas) habían matado. Esto ya ha sido escrito, pero aquí se repite, igual que, por otra parte, eso o lo otro en esta historia, a causa de la diferencia en la ponderación. Que yo, con la carta en la mano —enseguida había adivinado el remitente—, me encaminara en el acto hacia su casa, una navaja en el bolsillo del pantalón o donde fuera, no sucedió como ahora, la mañana en cuestión, para tomar venganza. Pero ¿por qué? Entonces no lo supe, y hoy sigo sin saberlo. Lo que sí sé: no hubo ni hay nada que saber. Ningún porqué. O algo así: lo que sucedió allí fue puro —si no vacío— automatismo, diluyéndose en el alivio de estar cara a cara frente al autor de la carta, que, callado, me sonreía burlonamente en la puerta abierta; la mano que empuñaba la navaja se había relajado y ahora, en el bolsillo, cinco o quinientos dedos jugaban entre ellos. Nada de acusaciones y, ante todo, ningún reproche, y, ¡Dios me libre!, ningún castigo.

Castigo: jamás sería lo mío. En cambio, tomar venganza —algo esencialmente distinto—, sí; se me quedó grabado con los relatos de mi madre de los hermanos. Pero ¿qué había que vengar en ese caso?

La cosa no siempre ha quedado en simples fantasías de violencia. De vez en cuando también he sido culpable y la he ejercido, sin más. Sí, hubo violencia en algunos de mis actos, así como, de otra manera, y mucho más a menudo y con mayor intensidad, en mis palabras. Y cuando la hubo en las palabras, entonces, sin excepción, en las habladas, nunca en las escritas, es decir, en las destinadas a ser publicadas para uno u otro público. Para mí, esa forma de escribir, de anotar, de poner por escrito, fue siempre tabú.

De aquellos actos de violencia, de los verbales quizá de manera más intensa que de los de violencia bruta, no se podía hacer abstracción mediante explicaciones de esas que rápidamente se tienen a mano y que, a veces, también son sólidas. El colmo de la violencia lo vi —a lo largo de la vida, más y más a menudo y, una vez, con verdaderos pensamientos homicidas— en el lenguaje escrito, dicho abreviadamente, de los periódicos: lenguaje público, empleado como de manera oficial y como si se tratara de un derecho natural, lejano ruido acompasado —de nuevo Homero— que se presentaba sin palabras insultantes. La violencia de este lenguaje que, como el único que estaba en lo cierto, el sabelotodo que lo interpretaba y juzgaba todo, liberado de las cosas, los trabajos y los días, enlazaba, ligaba, vinculaba y cerraba sus caracteres, era la que, a mis ojos, causaba en el mundo las peores desgracias; y a sus indefensas víctimas —eso formaba parte de la naturaleza de semejantes teletipos—, una injusticia irreparable.

Con todo, un título profesional como «teletipo» no me habría disgustado, pensando, por supuesto, en un escritor a distancia de otra clase, una tercera o cuarta clase. Y lo que a mí me había llevado al «¡matar!», eso fue aquella vez que, en un artículo de periódico referido a mí, leí de pasada, en el recuerdo como en una oración subordinada, que mi madre

había sido una entre los millones de habitantes de la antigua gran «monarquía danubiana» para los que la incorporación del empequeñecido país en el «Reich alemán» había sido motivo de celebración; según el artículo, mi madre había dado gritos de júbilo, es decir, había sido una militante, una miembro del partido nacionalsocialista. No solo se trataba de esta oración subordinada: en la página en la que venía el artículo también se veía un montaje fotográfico con la imagen muy ampliada de la cabeza de mi madre, que entonces tenía diecisiete años, inserta en una masa de gente que vociferaba *heil*-o-lo-que-fuera en la Heldenplatz o donde fuera.

«Está bien que ahora te lo tomes con esta seriedad mortal», me dije, tras haberme detenido antes de girar a la carretera, en uno de mis habituales diálogos silenciosos conmigo mismo: «Pero, así como hay un tiempo para amar y un tiempo para odiar, mi querido amigo, ¿no hay también un tiempo para la seriedad y un tiempo para el juego?». A lo que respondí: «Te equivocas, amigo. La repentina, incluso, lo admito, súbita seriedad de ahora no es una seriedad mortal, sino más bien una seriedad que necesariamente se volverá un juego especial, el juego de los juegos, el cual, sin ella, la seriedad, no podrá ser jugado, jamás en la vida, un juego, lo admito de nuevo, peligroso, extremadamente peligroso. Pero así lo quiere la historia». —«¿La historia con mayúsculas?» —«¡Imbécil» —«¡Idiota tú!» A lo cual, en lo alto de un árbol de la carretera, un pájaro se puso a gritar fuerte lo mismo e incluso a cantar brioso, una y otra vez: «¡Idiota, idiota!».

A todo esto, incluso me había fijado en la puerta de la casa del vecino enfermo, cerrada desde hacía mucho tiempo; las zapatillas, que durante los meses pasados, una al lado de la otra, no se habían movido de su sitio en el umbral, esta mañana estaban en vertical, apoyadas contra la puerta. Y en el idiota de verdad, al otro lado de la carretera, también como mi homólogo, que llevaba una bolsa y una maleta, una sin ruedas, y no paraba de pasárselas de una mano a otra, como si no supiera dónde ponerlas; como si, con su sonrisa de idiota, no supiera qué hacer consigo mismo y, en general, cómo había ido

a parar allí. Lo saludé y pareció que un sonido gutural me devolvía el saludo: «¡Bonjour!» Y más abajo, yendo por la carretera principal, reparé en otro que estaba solo, viejísimo, «desde hacía horas, desde el primer tren de la mañana», en medio de la acera, «plantado como un pasmarote».

Era extraño —o quizá no— que, en esta hora de mi partida hacia la Expedición Venganza, si me encontraba con alguien, siempre era gente que iba sola. (Entre esta, una única pareja: dos de aquellas personas a las que yo llamaba «las nuevas parejas»: una anciana enana —también viejísima— avanzando paso a paso, tanteando el suelo con el bastón, cogida del brazo de una acompañante, decididamente mucho más joven que ella, en todo caso en comparación, que llevaba tacones altos y el cabello al viento, cosa que no se hubiese podido decir del pelo la anciana.) También en los autobuses de la carretera[*] sólo iba sentado un único pasajero, e incluso, al volver la vista hacia las vías ferroviarias, en los trenes, compartimento tras compartimento, nunca se distinguía más que una única silueta lejana, y cada vez más lejana. ¡Ah! ¿Acaso en mi dejarme llevar por el «¡hazlo!¡hazlo!» se me había olvidado que hoy era el último festivo de después de Pascua o del mes de mayo y que el día siguiente, el domingo, era el del gran retorno?

Pero ¿a qué se debía que también los animales que por lo general solo se dejaban ver en grupo se me mostraran únicamente aislados, que no hubiera camaradas a la vista? Mira eso: la conocida mariposa de los Balcanes, normalmente parte segura de una pareja en remolino que, conforme la mirabas, se multiplicaba, sola como únicamente podía estarlo una mariposa balcánica, zigzagueando de un lado a otro, alarmantemente cerca del suelo, el alquitrán y el asfalto. ¿A qué se debía? Basta de preguntas. Ninguna duda, como al cerrar de golpe la puerta de hierro del jardín —un golpe que retumbó y retumbó por toda la región—, y, luego, en marcha, acogido por el viento de la calle en la cara.

Digno de ser noticia, más que eso, digno de ser contado, de una manera o de otra: los jugadores que, de plaza en plaza, de

campo deportivo en campo deportivo, de terreno en terreno, jugaban en solitario. Un jugador de baloncesto que, sin nadie alrededor, intentaba colocar el balón dentro del aro, por la izquierda, por la derecha, ahora con un tiro largo, ahora dando un salto por debajo de la canasta, eso aún era una imagen habitual, igual que, más o menos, la del futbolista que, solo en el campo, una y otra vez, desde el punto de penalti chutaba el «cuero» (si es que lo era) a la portería vacía, la empujaba, la levantaba, jugaba. El de la raqueta de tenis ya era más llamativo; sin pelota, tampoco se veía ninguna red, ¿estaba en una pista de tenis de verdad?, ¿acaso en una pista antigua, que mucho tiempo atrás ya se había transformado en un *terrain vague* en el que proliferaba la vegetación?: cómo blandía la raqueta sin parar y golpeaba pelotas invisibles, y, en vez de en una, en todas direcciones. Y el jugador de petanca, solo en el terreno de arena, yendo sin pausa arriba y abajo por las bandas o pistas vacías, lanzando, arrojando, haciendo rodar sus seis bolas, haciendo chocar una bola contra otra o contra las cinco restantes, desplazándolas y separándolas; un permanente sonido metálico en el silencio, a orillas del bosque, que aún continuó a lo largo de muchas calles, plazas, vías de tren e incluso más allá de la autopista —¿o allí producía efecto como una suerte de «imagen remanente del eco»?—. Todos los jugadores solitarios tenían algo de marioneta. Estaban de pie o se movían con las piernas rígidas, los hombros levantados, como si unos hilos tiraran de ellos, moviéndoles los brazos arriba y abajo, carentes de mirada, sin un pestañeo, sin levantar la vista o aguzar el oído.

Claro que por entonces yo ya estaba en otra parte, llevaba mucho tiempo lejos, muy lejos de mi región. En cualquier caso, así es como lo sentía. Y, sin embargo, desde que había dejado atrás la casa y la carretera, apenas había pasado un tiempo que contara. «¡Dame cifras!» —«Pongamos quizá unos veinte minutos»; o dicho de otro modo: «in no time» me hallé, más allá de mis espacios y fronteras cotidianos, que habían devenido algo propio para mí, en una región, ciertamente, no prohibida, pero que ahora, a primera vista, no inspiraba precisamente mucha confianza; en un país extranjero, un

espacio extraño, que, sin embargo —«ya estás diciendo otra vez “sin embargo”»—, que, sin embargo, era simplemente el siguiente valle, separado de mi valle apenas por una franja más bien estrecha de meseta, también, como mi valle, parte de Île-de-France, con el mismo cielo alto de Île-de-France, los mismos vientos, predominantemente del oeste, el mismo tipo de suelo, las mismas especies de árboles, colores de la naturaleza, formas de casas y casas informes, Île-de-France, un país en sí mismo, un país-isla con París (que ese día había que evitar) en el medio, por cuyas orillas había andado muy a menudo, y con las que me había familiarizado. «Ahora, pero, ¿una zona?, ¿amenazante? Y si no amenazante, en el momento de atravesarla, ¿prohibida?» —«Peor aún, durante un momento, que en lo sucesivo regresó momentáneamente: zona de la muerte.» —«¿Cómo?: uno que marcha para vengarse, ¿siente que se halla en una zona de la muerte?» —«Sí, en la zona de la muerte, él mismo, y él mismo solo. Así fue. Y así es.»

Toda la vida, de camino de manera prohibida. Y ahora: en el valle de la muerte. Sin que la ley lo permitiera. Contraviniendo la ley. ¡Y qué bien me parecía! —nunca hasta ahora me había parecido tan bien—. Porque en secreto siempre había sentido lo que hacía como algo prohibido, no de manera visible, sino muy adentro, más adentro imposible. Cometía desde un comienzo ilegalidades y era un ilegal nato. Y ahora que, de forma expresa y premeditada, libremente, traspasaría la frontera de la ilegalidad hasta el crimen, ante los ojos del mundo o los ojos que fueran, eso saldría a la luz, a relucir, a la luz reluciente, por fin. Ciertos delitos me habían atraído ya desde los días de la infancia, incluso entusiasmado, y ese de ahora sería uno de ellos y también los representaría. ¡Triunfo! —«¿Te sentías quizá también atraído por el delito que estabas a punto de vengar o por lo que, a tus ojos, y solo a los tuyos, los ojos del hijo, era delito?» —«Ninguna respuesta. O quizá más adelante. En otro lugar. En otro país.» En cualquier caso: ¡por fin viviría a fondo mi ilegalidad connatural o innata! La demostraría. La llevaría a la práctica. ¡La ejercitaría! ¡La ejecutaría!

El traspaso de frontera sucedió de manera diferente de lo que era habitual: de súbito me entró prisa por alejarme de mi región. En lugar de ir a pie meseta abajo hasta el valle del Bièvre y, como había hecho infinidad de veces, seguir río arriba en dirección a la fuente, tomé la línea de tranvía, inaugurada apenas hacía una semana, en la parada de la vecina estación de Viroflay, tres pisos por debajo de la superficie terrestre. Ni siquiera ahí abajo descendí a pie, sino que me dejé transportar a las profundidades por las recién estrenadas escaleras mecánicas.

Abajo del todo: la planta de las vías con el andén, una única vía para cada una de las dos direcciones y, en ambas direcciones, la correspondiente vía llevaba a un túnel. Si alzabas la cabeza, la mirada pasaba entre las escaleras, de uno y otro tipo, dejando atrás las cajas de los ascensores hasta el último piso, con el tejado en lo alto, más o menos al nivel de la calle, y era como entrar en una cúpula brillante y a la vez delicadamente iluminada. Visto desde las profundidades de la mina, y eso como parte del Gran Versalles, ese espacio parecía todo nuevo, y no solo la red de escaleras y ascensores; nuevo también en el sentido de algo que todavía no había existido nunca y en ninguna parte, ni en la forma ni en la figura, y en ningún caso para emprender un viaje en tranvía. (Así pensaba yo, y no solo la primera vez que lo utilicé.) Cierto, lo primero que se imponía era la comparación con una catedral, una muy subterránea, y, por añadidura, con unas catacumbas. Pero esos espacios en enfilada que se prolongaban y, por así decir (no, ningún «por así decir»), se propagaban de abajo arriba no se dejaban comparar con nada, pero con nada de nada; rechazaban, a su suave manera, toda comparación.

Una estación de tranvía como esta todavía no se había construido nunca en ninguna parte, y, si acaso, en Seúl o Ulán Bator o donde fuera, pero: «¡No!». (Lo decidí así.) En general, las paredes de la estación no estaban revestidas, ni con azulejos de cerámica, como era habitual en el metro, ni con placas de mármol (y si las había, no las vi). Eso sí, para evitar la entrada de agua, habían reforzado y también aislado la

tierra, pero, por lo demás, daba la impresión de que habían dejado la fresca apariencia de los trabajos de perforación —las excavaciones habían durado varios años—. Y ni siquiera estaban perfectamente impermeabilizadas, esas paredes: aquí y allá goteaba, hilos finísimos de agua salían de aquel dibujo de arena, estratos de roca, guijarros y cemento, y algo así como musgo, manojos de hierba, ramas (sin ramificaciones ni tronco); de la mampostería de la estación, profunda como una gruta, crecían incluso —llamémoslas así— algas de luminosos colores igual que plantas de acuario, también con ondulaciones parecidas, al menos cuando los tranvías entraban y salían. En las profundidades del subsuelo del valle lateral que desciende hasta el Sena, esas paredes de tierra-arena-grava-guijarros-roca se mostraban porosas y robustas a la par, más resistentes al tiempo que el hormigón, o resistentes de otro modo, «juguetonamente resistentes», y prometían una durabilidad más bien rara en edificios nuevos, debido, en especial, a su vistoso material de construcción, el mismo que el de muchas casas de la región, y, en general, de Île-de-France, habitadas desde hace ya mucho más de un siglo, que siguen habitadas por generaciones tanto del país como de fuera: la piedra arenisca de color rojo-gris-amarillo, gris-amarillo-rojo, etc., que, a primera vista, parece muy quebradiza, a punto de desmoronarse (ahora caerá una piedra de la fachada y le seguirá la fachada entera), pero que, en realidad, tiene casi la dureza del pedernal; los puntos aparentemente quebradizos son cantos incorrosibles, afilados. Y, además, bajo tierra, modificada por la iluminación eléctrica, ofrece un relieve y un juego de colores más atrevido, sí, que el de la luz del día, arriba, en las fachadas de las casas, e incluso del sol, a no ser que sea el sol del horizonte, por la mañana o al atardecer: el juego de colores propio de la arenisca, ese incomparable amarillo-gris-rojo, rojo-amarillo-gris, y así sucesivamente.

«¡No admires nada!», con el paso de los años esta también se ha convertido en una de mis divisas preferidas, casi en un dogma, y eso, más allá de lo técnico. (Venerar o «dejarse conmocionar, conmover», era otra cosa.) Por el contrario, la «techné» de esa estación de tranvía y también el modo como

técnicamente se continuaba desde ella no podía menos de admirarlos; modificando una frase que había oído de adolescente en una película antigua, una muchacha la dirigía a un joven —¿no eran Ofelia y Hamlet?—: «No puedo menos de quererte».

Con un sonoro zumbido, un ruido muy distinto al de los trenes y los autobuses, también al del metro en París, el tranvía subterráneo apareció en el túnel. En contra de lo esperado, una vez arriba, vi que no estaba solo en el vagón y, a diferencia de lo que a veces me ocurría en el tren suburbano, especialmente en los trayectos antes de medianoche —en cuanto entraba en uno de los compartimentos abiertos completamente vacío, literalmente respiraba exclamando para mí: «¡Nadie! ¡Formidable!»—, esa mañana me quedé aliviado ante la perspectiva de emprender el viaje más allá de la región junto con otros. Ahora, todo menos ser un jugador solitario.

Los dos vagones del tranvía iban casi llenos, lo cual seguramente se debía a que acababan de poner en funcionamiento tanto la línea como el trayecto. La mayoría de los pasajeros eran curiosos o viajaban por placer. De camino al trabajo o, como yo, con un plan, allí no había nadie.

El viaje a través del túnel era inusualmente largo, y no solo para un tranvía, de modo que, como siempre que un tren paraba en una estación más tiempo del habitual (solo que aquí era al revés), me pregunté si no habría gato encerrado. Los otros pasajeros, sin embargo, hacían como si no pasara nada, así que yo hice lo mismo.

Se notaba, también se escuchaba, debido al sonido estridente que de vez en cuando hacían las ruedas sobre una vía, que el trayecto del túnel subía cuesta arriba casi de manera abrupta, al mismo tiempo, tenía curvas, aunque ligeras; el tono bajo del zumbido seguía siendo la nota fundamental. Y, sin embargo, de repente, por fin salimos del túnel, a la luz del día y, en el mismo momento, el zumbido se había convertido en un runrún, uno mucho más suave que aquel, y también armónico,

una cantinela musical y, además, hospitalaria.

¿El tren subterráneo se había convertido al fin en un tranvía? Aún no, aún no: las calles, dos, estaban ahí. Pero discurrían, en vez de al lado y cerca de las vías, lejos de estas y por pendientes a lo largo de las orillas del bosque, tanto a mano izquierda como derecha, mientras que el tranvía circulaba por una amplia depresión de la pradera, entre hierbas que llegaban a la altura de la cintura y matorrales más altos que un hombre. Antes de que construyeran el ferrocarril, allí había crecido una jungla en toda regla —o más bien sin regla alguna—; en una hondonada apenas iluminada y más o menos donde estaban las vías, un arroyuelo que en épocas de poca lluvia se secaba.

En aquel tiempo me había abierto paso entre la naturaleza salvaje de esa hondonada muchas veces, por gusto y también por afán de aventuras, más allá de coger bayas de serbal, cerezas y grosellas silvestres, todas ellas una fuente especial de placer para el paladar. Una vez, en la oscuridad profunda, en un punto donde el arroyuelo de la hondonada formaba un estanque episódico, me salió al encuentro una serpiente, una de color negro intenso, tan larga como fina, no arrastrándose o serpenteando, sino desde la cabeza hasta la mitad del cuerpo bien erguida, deslizándose con fantástica rapidez por donde aparentemente no había caminos y, en un instante —siguió erguida hasta el último momento que la vi—, giró con elegancia y desapareció bajo las hojas del pantano, grandes como tejas. A todo esto, no pude ver ni un movimiento de lengua, ni, por otra parte, una corona sobre la negra y reluciente cabeza de la sierpe, o igual sí: en la imaginación, puesto que el animal, que iba por la jungla que le había tocado en suerte, se presentó como la majestad del lugar. Luego, con la esperanza de verla de nuevo, visité muy a menudo el sitio donde apareció: siempre en vano. En cambio obtuve una certeza (no precisamente científica): allí donde una vez fue vista una serpiente, jamás se dejará volver a ver.

Que hubiesen deforestado, allanado, la vegetación salvaje de la hondonada y que, en realidad, la hondonada en sí hubiese

desaparecido ocupó mis pensamientos desde el comienzo de las obras de construcción. Pero entretanto había empezado a gustarme, igual que la estación en las profundidades de la tierra: me gustaban las alfombras de hierba, todavía sin árboles, que se extendían cuesta arriba y cuesta abajo; el riachuelo de drenaje con los juncos y los lirios más o menos silvestres en la orilla; el sendero artificial, un camino de gravilla para peatones que unía la calle de una pendiente con la de enfrente, cruzando lo que había sido la antigua hondonada, donde el tranvía aún era subterráneo. Si había algo por lo que lo lamentaba, así, brevemente, una punzada, era por Su Majestad, la esbelta serpiente negra erguida en la penumbra, y quizá también, sin punzada, por las grosellas silvestres. El modo como el paisaje había sido modificado: también era bonito; bonito de otra manera.

Ahora, mientras atravesábamos la depresión, se dejaron ver afuera, apenas escondidos entre las espigas y matas de la sabana, tres corzos que pacían tranquilamente. A mis ojos eran una familia, no una asentada allí, sino una que espontáneamente había venido, vete a saber de qué parte residual de naturaleza silvestre, hasta la depresión del tranvía, como si este fuera un lugar más seguro. Y para mí, olvidando por un momento todo lo demás, era como si otra vez estuviera de camino a una cena, una cena nueva o novedosa, y no solo yo: todos los que íbamos en el tranvía.

De muchacho había examinado con una especie de mirada de investigador los raíles de los tranvías, cualesquiera, y así, en las hojas marchitas y, especialmente, en los granos de arena que había allí, a mis pies, había visto —extraño o, de nuevo, quizá no— más allá de una playa junto al mar, en un horizonte lejano, una libertad indeterminada, y un futuro. Y esa arena, ahora me parecía oírla crujir de nuevo en el raíl del tranvía, bajo el vagón, aunque cuando, después de más de una hora de viaje, ya en la estación terminal, me incliné sobre las vías, allí no resplandecía sino el brillo del acero virgen, y ni uno solo de aquellos átomos de arena lo moteaba, ni siquiera la pelusa de la pelusa de una pluma de ave.

No fue hasta la altura de la meseta, entre los bloques de pisos y, luego, cada vez más y más, entre bloques de oficinas, que el tranvía, después del trecho del túnel y de otro casi igual de largo a través de la deshabitada sabana, se convirtió en un tranvía normal y corriente. Y a partir de ahora formaban parte de él los avisos que se escuchaban por todos los vagones. Una voz de mujer, grabada o vete a saber de dónde salía, iba anunciando los nombres de las estaciones, los salmodiaba con un timbre tan natural, tan empático, tan verdaderamente afectuoso, que me sentí personalmente aludido. —«¿Por la mujer o por la estación?» —«Por ambos.» Y, de repente, reconocí la voz. La mujer a la que pertenecía había sido una vez, de eso hace mucho tiempo, una de las no pocas enemigas femeninas que he tenido a lo largo de la vida. (No lo fue desde el principio.) En aquella época era actriz y, cuando actuaba, interpretaba exclusivamente papeles secundarios. (Pero ¿existían los papeles secundarios? y, en cualquier caso, ella estaba satisfecha, encontraba estimulantes sus pequeñas intervenciones y, a veces, hablaba de ellas con un claro orgullo.)

Luego, de un día a otro, resultó que me odiaba. Pero no lo dejó aquí. En vez de apartarme con un empujón y odiarme desde la lejanía —sabía cómo era yo y que así también notaría su odio—, se me acercó aún más, ya no me soltó y, al final, empezó a perseguirme. La cosa pronto pasó de las llamadas telefónicas después de medianoche y similares. Por las mañanas, al abrir la puerta del jardín, tenía que estar preparado, ella estaría allí, no junto al timbre (que ya hacía mucho que no funcionaba), sino un par de pasos más allá en la oscuridad de los abetos de la avenida, y desde allí, como si ya llevara mucho tiempo, me miraría con sus ojos perfilados con una gruesa raya negra, una pierna delante de la otra, lista para salir (solo que una vez que verdaderamente echó a correr hacia mí con sus «tacones de aguja» —una palabra inadecuada*—, se cayó al instante en la arena gravillosa de delante de la puerta; ¿o eso le pasó a una que iba antes o después en la serie de mujeres que se han convertido en mis enemigas, incluso enemigas mortales, aquella que en nuestro primer encuentro me leyó en la mano

un futuro color de rosa junto a ella?, ¿o quizá aquella que, ya antes de que nos hubiésemos presentado, viéndome de lejos sólo a medias, además, en una sala repleta de gente y apenas iluminada, había sentido, según me contó más tarde, un desasosiego para nada agradable, casi inquietante?, ¿o tal vez aquella que, cuando, por último, después de una larga noche, acabé a su lado, soltó: «¡Por fin!»?).

Cada vez que en aquellas mujeres estallaba el odio contra mí, me hallaba desprevenido, y cada vez lo volvía a aceptar como una ley natural, inexplicable —en todo caso para mí—, una ley que no podía ser descifrada, que, además, nunca tenía la intención de descifrar. A lo sumo, al principio jugaba con algunas explicaciones como, por ejemplo, la frase de un relato de Antón Chéjov: «Ella me odiaba, porque yo era un pintor de paisajes», o me hacía creer a mí mismo que yo prometía, sabrá Dios con qué, en ningún caso con mi aspecto, «algo que no puedo cumplir y que nadie puede cumplir». Sin embargo, luego ya no hubo interpretaciones o fundamentaciones de ningún tipo; incluso el juego con estas se había agotado. Esas mujeres especiales, sí, esas criaturas absolutamente singulares —seguí viéndolas como «criaturas», incluso con contornos más definidos que antes—, sin juramento, pero con tanto más ardor, me habían jurado su enemistad, me odiaban y me perseguían, y el odio y la persecución jamás acabarían, hasta que la muerte nos separara, y eso no solo lo entendía: les daba la razón.

No obstante, luego, en el mundo fáctico de los días y días, noches y noches, meses y meses, eso ya no fue vida. La mujer, la que fuera, ponía todos sus esfuerzos en impedirme… Impedirme, ¿qué? Impedir mi hacer, así como mi dejar de hacer, mi hacer diurno, así como el correspondiente dejar que anocheciera, impedir la puesta del sol, así como la salida de la luna. En tiempos antiguos había en curso otra palabra para Satanás: «impedidor». La mujer en cuestión se revelaba cada vez como «el impedidor». ¿Aniquilar? ¿Devorar? Impedir, impedir y, de nuevo, impedir: eso era la cosa. Y si aquí, contando mis fantasías de violencia, he omitido las dirigidas a

las respectivas mujeres, ha sido porque, en ningún otro caso, mi matar estuvo tan cerca, solo durante segundos, pero ¡de qué manera!, del «¡ahora!, ¡ahora lo hago!».

Y, por otra parte, no tengo ninguna explicación para que semejante verme cercado por la mujer que me odiaba, y lo inaudible e invisible, acabara cada vez, si bien no como había empezado —«de golpe»—, igual de repentinamente. Una mañana, pongamos, cuando, antes de abrir la puerta del jardín, igual que en los meses anteriores, miraba por el cerrojo en busca del ejército de mujeres solas y me preparaba para la imagen de plano general que vendría luego, ya todo había pasado. Se había esfumado. Acabado para siempre. Y no había ni una explicación en juego, ni siquiera mi una y otra vez involuntario «así es como estaba pensado». Era así. Dejaba de ser «un tema».

Al mismo tiempo, la mujer enemiga también desaparecía del mapa. Nunca más he vuelto a ver a una de aquellas enemigas, tampoco a las que no vivían muy lejos y, hasta donde yo sé, se quedaron viviendo allí, una, incluso en el vecindario; más y más enigmas. Que una mujer cercana a mí se convirtiera de la noche a la mañana en mi enemiga, eso es algo que pasó hace ya bastante tiempo. Y, a veces, entre el gentío del metro, en los supermercados de aquí, puede ser también cuando entro en una sala de espera, me sorprendo a mí mismo buscando con la mirada a las diablas de entonces, preparándome, tan pronto como esas mujeres sentadas en la sala de espera con un número antiguo del *Paris Match* abierto, igual que las malvadas de Homero, me observan «de abajo arriba».

En el viaje en tranvía por la meseta de Île-de-France escuché por primera vez desde hacía mucho, pronto haría décadas, la voz de una de aquellas mujeres, algo es algo. Su ronroneo al comienzo de nuestra amistad, a juego con el ronroneo amortiguado, vete a saber con qué nueva técnica, del tranvía. Sigue ronroneando, ronroneadora, sigue ronroneando. Sigue canturreando suaves cantinelas, sigue.

* En español en el original. *(N. de la T.)*

* En español en el original. *(N. de la T.)*

* En español en el original. *(N. de la T.)*

* En alemán, dichos tacones reciben el nombre de *Bleistiftabsätzen*, literalmente, «tacones de lápiz». Teniendo en cuenta el alto valor que Peter Handke concede al lápiz, se puede comprender que el narrador, trasunto del autor, considere inadecuado el empleo de la palabra «lápiz» en este compuesto. (*N. de la T.)*.

II. La segunda espada

Lo de las acusaciones de la mujer en la página del periódico dirigidas, más allá de mi persona, contra mi madre había sido otra cosa. No la había visto nunca antes, y continuó siendo así también después de lo que, para mí, llamé «el crimen». Hoy, en cambio: sí, ¡cara a cara! A pesar de que su escrito de entonces iba acompañado de una fotografía, no tenía ninguna imagen de ella. Quizá también porque, como me pareció que era una de las miles y miles de mujeres que ejercían una actividad pública —los detalles al respecto se los puede imaginar cada uno por sí mismo—, ya antes de la lectura no tenía ninguna cara delante de mí y, después de la lectura —más bien una simple ojeada con la que inmediatamente la página entera me asaltó—, la cosa no cambió; una sacudida de un reconocimiento tan indeterminado como indeterminable solo la hubo cuando me quité las gafas y los rasgos en el retrato de la autora se volvieron borrosos.

Tampoco hoy llegaría a tener una cara, ni siquiera en el momento en el que me hallaría frente a ella, a la altura de los ojos, aunque a una distancia bien calculada, que yo había pensado en un número de pasos impar: nueve, siete, cinco, tres… y ¡ahora!

Desde hacía mucho tiempo, por otra parte, tenía su dirección. Años después de su fechoría me llegó una carta suya. Casi es imposible decir de qué trataba; y explicar el contenido o, en general, un contenido, aún más. En cualquier caso, ni una palabra sobre el ataque a mi persona —que, por lo demás, apenas me había ocupado, por no decir afectado— y, sobre todo, no decía nada sobre lo que, por añadidura, como de pasada, se le había hecho a la memoria de mi santa madre (sí, la palabra se repite aquí por segunda vez, y no se repetirá lo suficiente). Durante el viaje en tranvía, mientras intentaba acordarme de la carta —que puede ser que yo hubiera

esperado, pero, en todo caso, muy distinta—, me pareció («se me antojó») como si, mediante corteses circunloquios, se hubiese tratado de una invitación a una disputa amistosa en público, a distancia, por escrito, y que ella, «privadamente» (¿o ponía otra palabra?), entretanto (¿era la palabra?) también «simpatizaba» (exactamente la palabra que ponía) conmigo.

Lo único inesperado de la carta era que no la había hecho ni con ordenador ni como otro tipo de texto impreso, sino a mano, manuscrita, como una mujer que escribía a mano. Y precisamente la escritura a mano era lo que quizá más responsabilidad tenía en el hecho de que en aquella carta casi no pusiera nada, hoy tan poco como el día que la recibí: porque la mayoría de palabras o vocablos, especialmente hacia el final de las frases, permanecieron ilegibles. No solo por este motivo, se entiende (o igual no), me fue imposible contestarle. Pero contó. Y lo que no contó en absoluto: si era «letra de mujer o de hombre»: indistinguible. Apenas había tenido alguna vez ante mis ojos un lío de letras como aquel: una letra diminuta, indescifrable, iba detrás de una gigantesca, igual de indescifrable, que se tambaleaba en dirección contraria, y a la inversa; no había visto nunca nada igual, ni en los niños más revoltosos, ni en los ancianos más temblorosos, y menos aún en los moribundos, con una excepción, quizá: los intentos de escritura de los ciegos de nacimiento, pero, incluso con estos, no había comparación.

Ahora iba camino de su casa —o por uno de los caminos, uno de los muchos posibles—, el nombre y la dirección, impresos en «negrita» o «redonda», en el reverso del sobre que amarilleaba en mi bolsillo interior revelaban que la mujer y yo vivíamos, y eso desde hacía décadas, en la misma Île-de-France, solo que ella en otro punto cardinal de la extensión denominada «La Grande Couronne», «La gran corona». Al salir de casa, y más todavía de camino a la estación de tranvía, aún había tenido la sensación de ser observado y, por cierto, por ella, la malhechora; pero, ahora, en el tiempo intermedio, durante el viaje hacia su domicilio, teniendo en mente lo que tenía en mente, ya no.

Eso también se debía a que me había convertido en uno de los muchos pasajeros del tranvía, de parada en parada sabía que formaba parte de ellos, que era uno de ellos, uno de nosotros, viajando juntos por la meseta, en zigzag, trazando un arco, todo derecho; me sentía en casa. Al mismo tiempo tenía a Tolstói delante de mí, no el de las piernas más bien débiles que marcha de casa para dar su último paseo con ojos que ya se han despedido del mundo, sino el del escudo frontal, fuerte, invencible, y yo deseaba para mí, sin esperanzas de que mi deseo se cumpliera —¡mejor así!—, uno igual.

A lo largo de esa hora, y más, aún no lo necesité, el escudo frontal, el tolstoiano. Pero ¿y la mujer que en el vagón tenía enfrente y que, de súbito, se levantó de golpe y se sentó lejos de mí? Sí: estaba enojada conmigo, aunque no porque hubiese estado observándola, al contrario, durante todo el trayecto hasta ahora la había ignorado; su precipitado alejamiento hizo que la advirtiera; y, por lo que vi luego, siguió levantándose de golpe y sentándose lejos: no era el único pasajero que no tenía ojos para ella.

Por el contrario, con el resto, tanto si iban cambiando de parada en parada como si, igual que yo, eran pasajeros-viajando-sentados-en-un-tranvía-por-la meseta, sabía que me hallaba en buena compañía. Por lo demás, era extraño, o igual no, que, desde la estación de salida hasta la estación terminal, casi tuviera las mismas caras delante de mí. ¿O solo me lo parecía? (Basta de preguntas o, en cualquier caso, de estas.) Y todos estábamos en silencio, ocupados, y no pocos lo hacíamos ver o algunos no sabían lo que hacían. El que estaba abismado en el libro que tenía sobre las rodillas sin levantar la vista ni una sola vez lo sostenía del revés y, además, movía los labios como si leyera. El de allá, que susurraba algo inaudible en el teléfono móvil, parecía no saber que el aparato vendado de arriba abajo con cinta adhesiva estaba fuera de servicio; a juzgar por las apariencias, estaba estropeado desde tiempos inmemorables. Bien así, hermoso. Déjalo.

En nuestro vagón, la mayoría movían los labios más o menos

en silencio, cada uno a su manera, cada uno con otro significado. El africano de labios gruesos iba parando y mirando por la ventana, luego, labio superior y labio inferior volvían a acercarse, pero sin llegar al contacto, y si alguna vez se tocaban, lo hacían con tal delicadeza, una mayor delicadeza era imposible; como si desde siempre careciera de preguntas y también desde siempre no esperara respuesta alguna, en realidad, sin conocimiento de la palabra «respuesta» ni del hecho «responder»: rezaba.

El hombre que tenía detrás o enfrente, que, estirando hacia delante los brazos y llevándolos de nuevo hacia sí sin cesar, cosa que le daba la apariencia de un remero, subrayaba sus movimientos labiales, se reía una y otra vez a voz en cuello durante las pausas, también a ritmo rápido, de su muda verborrea, pero también en silencio, en total silencio, hasta que de nuevo llegaba la hora y el momento de estirar, encoger, abrir la boca, fruncir, deformar, entornar, presionar los labios y, al mismo tiempo, negar con la cabeza, asentir, y de vuelta —con más ímpetu— a la alternancia de las sacudidas: de ese modo maldecía a alguien: estaba maldiciendo a una mujer, a su amor, su gran amor.

Y el hombre que tenía a su lado, así como el hombre de al lado del que tenía a su lado, con sus maneras casi idénticas de abrir el pico y de mantenerlo abierto en silencio y de cerrarlo, con su mudo coro de labios —las bocas abiertas de par en par y de nuevo cerradas de golpe—: así se burlaban de sus superiores y ordenantes por los que ahora mismo, o ya desde siempre, estaban siendo humillados e insultados, tratados de inútiles, de blandengues, de pasivos, de incapaces de adaptarse (y eso, en tiempos como estos), de fracasados de nacimiento, de ceder ya desde el útero materno —uno de ellos hacía una hora que había sido despedido sin preaviso—: a lo largo del vagón —desde el primer plano, pasando por el plano medio y hasta el plano de fondo más alejado, y se podía intuir que en el siguiente vagón continuaba—, todos se burlaban con sus silenciosos movimientos labiales de aquellos que les negaban la existencia; se burlaban de sus verdugos no solo sin hacer ruido,

sino sin sílabas ni palabras, y eso se quedaría así, seguiría así eternamente. Nunca se formaría o se escaparía de esos labios que se retorcían compulsivamente, abandonados a su suerte —y aunque fuera muda, perceptible solo para el pobre caballero de turno—, una sola palabra útil o una palabrita; decir al menos «esta boca es mía». —«Y tú, ¿cómo lo sabes?» —«Lo sé. Lo supe, allí.»

Y, sin embargo, de repente, uno gritó, bramó al cielo del vagón del tranvía; y enseguida miró a su alrededor: «Espero que nadie me haya oído». Otra novedad: no solo a los hombres les temblaba una pierna, también a las mujeres. No pocos, hombres y mujeres, parecía como si se acercaran unos a otros dándose pequeñas sacudidas. (No, no era «como».) Y todos sin excepción, yo incluido, teníamos lo que se llama la «cabeza a las once».

No eran pocos los niños que viajaban en el tranvía. Los míos hacía mucho que, como se solía decir, se «habían ido de casa», tampoco eran ya unos niños, y todavía —durante este viaje, si cabe, con un sonido, por así decir, aún más amplificado— me sentía aludido, el grito iba por mí, yo era el padre que era llamado, y con qué urgencia, por el niño ajeno; eso cada vez me dolía.

Uno de los niños del tranvía sólo me examinaba a mí, de lejos. Buscaba mi mirada, más allá de la curiosidad o la atracción, también ahora y ahora miraba rápidamente hacia otro lado, después reanudaba su juego de ojos. Se trataba de algo, de nuevo más allá del niño y de mí, y yo me sentía obligado a participar en el juego. Era un juego con niños desconocidos lo que, a mí, en la mediana edad, me había deparado un placer especial, pues se trataba de algo decisivo, si bien «decididamente indeterminado». Y en aquella época era siempre el ganador. Esta vez, sin embargo, perdí. Por el motivo que fuera, la mirada del niño se volvió tan sombría y despectiva como lo son únicamente las miradas de niños muy pequeños, que todavía no saben hablar, apartó la vista de mí en el mismo instante del ensombrecimiento y desprecio súbitos

e, irrevocablemente, ya no quiso tener nada que ver con uno como yo; ya podía yo sonreírle eternamente: una reconciliación era impensable. Sí, el niño ya había sospechado de mí durante todo el trayecto y, ahora, la mirada le había confirmado la sospecha. Había sido desenmascarado, y ¡por un niño de un año!

Pero, ¡oh!, había otro niño, uno mayor, que tenía delante un bloc de notas, con la mano ocultaba la hoja y, en secreto, dibujaba, ¡me dibujaba!, ¡a mí! ¡Nunca me había dibujado un niño! Y por su forma de rayar, tras levantar la vista repetidamente, se podía adivinar que se tomaba muy en serio su realización; era evidente que el niño estaba descubriendo algo, lo que fuera, en mí, que le hacía de modelo.

Y luego otro niño, una niña, casi una adolescente, pero que seguía siendo muy niña: esa niña, esa muchacha tan joven, estaba ensimismada contemplando también a otro niño de la fila de asientos de enfrente, un niño pequeño que, ayer u hoy por la mañana, había aprendido a andar, solamente había dado dos pasos, y, ahora, de pie sobre el regazo del padre, cuya ayuda rechazaba como enojado, intentaba continuar el camino iniciado: un tercer paso y, al fin, tras una parada largamente calculada, vacilante, tambaleante, entraba en meta, los brazos abiertos del hombre, un cuarto paso. Regocijo del pequeño y aplausos del adulto, y no solo de este; por lo demás, una escena bastante habitual, pero algo menos habitual en un tranvía en marcha.

Por mi parte, desde el principio hasta el fin me había fijado más en la muchacha de enfrente. No pertenecía a nadie en el vagón, no era una familiar de la pareja que formaban el hombre y el niño pequeño. Iba sola. Había tomado por primera vez la nueva línea del tranvía, la que atraviesa la meseta de Île-de-France. Esto de aquí no era su región, y no era su país. Era una extraña. Pero también en el país del cual acababa de llegar ayer, no, hoy por la mañana, había vivido como una extraña, extraña ya desde la más temprana infancia, un ser extraño en la propia familia, y nadie ni nada tenía la culpa, ni la madre, ni

el padre, ni el país, ni el Estado —sí, ni siquiera el Estado o la forma de Estado—. Aunque una diferencia sí la había: mientras que allí la muchacha, la niña, no había sido sino «la extraña», y nada más que la extraña, aquí parecía alguien agradablemente extraño.

Nunca antes me había encontrado con una extrañeza tan afable, ni siquiera en algunos de aquellos desconocidos que, viejos o no, habían perdido toda esperanza, y tampoco en este o aquel otro, que supuestamente conocía bien, al llegarle la muerte. La muchacha niña, pero, aquella afable forastera, estaba radiante —no irradiaba ni una chispa de esperanza, tampoco nada de resignación y menos aún un «me alegro de que llegue mi muerte»—, ella, la niña, estaba radiante viendo al otro niño, irradiaba una luz que no procedía ni de los ojos ni de la cara, sino de toda su persona, de todo su cuerpo, de los hombros, del vientre, de las manos sobre el regazo. Mi madre, me acordé ahora, me había contado cosas de su propia infancia en el pueblo, de cuando jugaban a mamás, y, sobre todo, de la idiota del pueblo con problemas de habla, que, antes de que se repartieran los papeles —si no, ella no jugaba—, dejaba ir su berrido bajo el cerezo del centro del pueblo: «¡Osolamade!» (= ¡*Yo* soy la madre!).

Que no: la manera como aquella muchacha forastera estaba radiante —no era un abierto mirar con ojos radiantes al otro niño, sino más bien un estar radiante para sí misma, tranquila — no tenía nada de idiota. O sí, también. Semejantes idiotas, ¡viven!

Estación final. Nombre de la población: no viene a cuento. En alguna parte de Île-de-France. París, abajo, en lo profundo del valle del Sena. Allí, seguir hacia abajo en metro o en autobús. Hacia todas las otras mil direcciones, solo autobuses. Mis queridos compañeros de viaje: casi los había perdido de vista a todos en un santiamén. Me atraía seguir a este y aquel, y a esta y aquella, más o menos en secreto, sin ninguna intención, salvo quizá la de hacerme una idea aproximada de hacia dónde continuaba su viaje, ya fuera en algún medio de transporte o a

pie, hacia casa o no. Con los años, seguir a este desconocido o aquella desconocida se había vuelto para mí una especie de deporte, seguirlos por algo más que mera curiosidad, por una corazonada y, además —¡y era lo decisivo!—, por un sentido del deber, de línea de metro en línea de metro, de los autobuses metropolitanos al autobús para la *banlieue* y continuar, luego, con el regional, y eso siempre se había convertido en horas o medios días llenos, sin acciones o confrontaciones, y así también habían quedado en la memoria, siempre a punto de narrarse de nuevo en mi interior, lo cual no tenía nada que ver con un pasatiempo.

Eran muchos los que me sentía impulsado a seguir, y de esos muchos cada cual tomó su camino en una dirección de la meseta diferente. Me guardé de hacerlo, además, por una vez, sin la habitual consciencia diaria de culpa por no «haber cumplido con el deber». Así de animado seguía yo del viaje en tranvía.

¿Y el otro deber, aquel por el que, a fin de cuentas, me había puesto en camino y alejado de casa, el deber apremiante que, al mismo tiempo, clamaba al cielo más fuerte que nunca? No me estaba moviendo en una dirección claramente contraria al entorno del lugar de los hechos, la canallada verbal cometida contra mi madre, pero sí en una equivocada, en cualquier caso, tomé un desvío. Y eso que mi plan había sido, en la estación terminal del tranvía, montar en el autobús de la línea tal y tal (número de tres cifras) que paraba justo delante del objetivo. (Pensando en ello, me vino a la memoria, vete a saber por qué, lo que decía un campesino de mi tierra: en una mañana de mayo, cortar con la guadaña la hierba húmeda de rocío a orillas del arroyo, «justo eso era lo bonito».)

Tonterías: no había pensado o no me había fijado ningún tipo de plan. No había salido ni con un plan de movimientos y lugares determinado ni con ningún otro. Que sucediera lo que tenía que suceder: así es como estaba inscrito en mí, y eso era lo que me había puesto en camino. Por otra parte: sí, es cierto, correcto: lo había, había un plan. Lo hay. Pero ese plan no es

mío —no es mi propio plan, hecho por mí mismo, no era ni es realizable por mí en persona—, ¡por nada del mundo! Y, por primera vez, poco a poco —ahora era la primera vez—, tuve la sensación de un plan o lo vislumbré. Y, además, supe que el hecho de que, por lo pronto, me moviera en la dirección equivocada era parte integrante del plan y un componente de este. «Dirección equivocada»: tonterías de nuevo. Ya vería, ya veríamos.

Hice un buen trecho andando. —«¿Y qué pasó, mi querido amigo, con tu propósito para ese día, el día especial, de utilizar, en lo posible, únicamente medios de transporte? ¡Ay, tus propósitos!» —«Sí, ay, mis propósitos, parte de mi enfermiza, eterna precipitación. Pues ahora ahí estaba él, el plan, y todos los propósitos, los míos, quedaban abolidos.»

Durante un buen rato no fui consciente de que anduviera, y apenas si me importaba en qué dirección. Lo único que me acompañó durante la hora siguiente, martilleándome machaconamente como si fuera una filosofía, fue el verso de una canción de infancia que creía olvidada: «Mi sombrero tiene tres puntas, / tres puntas tiene mi sombrero, / y si no tuviera tres puntas, / ya no sería mi sombrero»; me liberó del verso el recuerdo de un fragmento de los *Pensamientos* de Blaise Pascal referente a los «sombreros de cuatro puntas» de los abogados.

Fueron varias las calles por las que anduve, a través de diversos suburbios (en torno a restos de antiguos pueblos), generalmente por las aceras, raras veces por la orilla de la carretera, únicamente en el par de zonas sin un paso para el tránsito de peatones, donde las poblaciones, que habían crecido de forma diferente a lo habitual, se sucedían sin terrenos intermedios. A todo esto, en mi imaginación caminaba sin cesar por los márgenes de la calzada y, en vez de bordear esquinas de casas y curvas de plazas, como correspondía a la realidad, andaba todo derecho por aquella tierra abierta, poblada únicamente a lo lejos, por la orilla de una única carretera general que, en amplias olas de asfalto, llevaba de una indeterminación a otra indeterminación. Mientras

anduviera así, ni a mí ni a aquellos, también indeterminados, que me importaban podía pasarnos nada, y lo que tuviera que hacerse al otro o a la otra se cumpliría. Además, me imaginaba que con ese caminar mío, sobre todo con la manera de hacerlo, estaba dando un ejemplo a la gente que iba en los coches. Mi andar absorto por la *highway* imaginaria —no me digáis nada en contra de semejantes imaginaciones— contagiaría a los cuatro o más ocupantes que había sentados tras las lunas de espejo; aunque no fuera aquí y ahora, un buen día, sin destino fijo o con un destino, daba igual, harían lo mismo que ese imperturbable, absorto y ensimismado caminante. Cómo le ondean los pantalones y le golpean las piernas. Cómo se abomba y cruje su camisa blanca. «Qué lástima» —me dije de nuevo a mí mismo—, «que mi atuendo de andar no sea el traje de los domingos de mi abuelo o la vestimenta, sombrero redondo y todo, en la que una vez los carpinteros habían recorrido el continente de norte a sur».

Sin embargo, cuando a veces conseguía echar una mirada de comprobación en alguno de los coches, me parecía percibir que ahí la visión del caminante, si daba algún ejemplo, era más bien uno disuasorio; de ganas de ir también alguna vez caminando así, en aquellos ojos fijos, no había ni rastro. Luego me miré una vez a mí mismo, miré hacia abajo —«sigue andando como si tal cosa, ¡ahora no pierdas los papeles!»— y me di cuenta de que mis pies estaban enfundados en unos calcetines de colores completamente diferentes. «Y qué más da: eso forma parte del juego. El vengador con los calcetines de colores diferentes.» ¿Y la visión por detrás de ese caminante a orillas de la Gran Carretera? Producía su efecto, solo que uno distinto del que había soñado despierto: un coche, uno pequeño, después de haberme adelantado, paró en el arcén —o en lo que yo, en mi fantasía, consideraba un arcén— y, desde la ventanilla lateral medio abierta, un hombre ya muy mayor, con una voz que sonaba como la de un filántropo, se ofreció a llevarme. Y luego, el lamentar haber rechazado, pensando en la decepción, fuerte, en su mirada; era la última vez que le abría la portezuela a un desconocido, en los próximos tiempos no le haría un favor a nadie más.

Se acabaron también, en lo que a mí me concernía, esas travesías a pie de una población a otra: «¡Esta habrá sido la última vez!». Y lo especial en eso que —ahora está decidido— «habrá sido la última vez» era que, mientras caminaba, estando en ello (¿pero no era así desde el principio al final, hace falta decir «estando en ello»? —¡No me vengas con sutilezas! —No es ninguna sutileza), mientras caminaba, estando en ello, de repente me entró un hambre, feroz, tremenda, el hambre «hambre», sin objeto palpable, por no decir comestible, un hambre cuya sede o punto de partida, o lo que sea, no estaba en el estómago ni tampoco debajo, en los intestinos, sino arriba, en la piel de la frente —fuera el escudo frontal tolstoiano—, debajo de la bóveda craneal, voraz como siempre fue el hambre, sin embargo, nada la podía calmar y menos aún saciar de manera duradera. Y paso a paso, andando sin parar a buen paso, la sensación tan acuciante como imprecisa de hambre no es que llegara a tener un objeto, pero sí una dirección: hacia un lugar, uno determinado.

Cogí el primer taxi libre —dado el caso, habría alquilado igualmente un taxi helicóptero— y me dirigí hacia Port-Royal-des-Champs, el monasterio abandonado y sus ruinas, donde en un angosto valle lateral del suroeste de Île-de-France, por aquel entonces tan boscoso y cenagoso como hoy, Blaise Pascal (igual que, después de él, Jean Racine) pasó sus años escolares. Antes, cada año, y siempre en mayo, visitaba el lugar.

Hacía mucho tiempo que no había estado en Port-Royal-de-los-Campos. Y ahora era el mes de mayo, la primera semana de mayo, y el día de hoy era el adecuado. En el pasado me había gustado sobre todo aquel paraje; casi aún más, el largo camino por los valles de los arroyos y las mesetas, y lo que más, irme de allí, caminando durante unos momentos marcha atrás, una última vez, «y una última vez más». Esta vez tenía hambre de Port-Royal-de-Pascal.

El taxista dejó libre el asiento al lado suyo y, durante el largo trayecto en todas direcciones, cuando se puso a contar cosas de sí mismo, de repente, su voz me resultó conocida, y lo llamé,

como sin querer, en una exclamación, por su nombre. En su tiempo, es decir, en el nuestro, había sido un cantante muy escuchado, sobre todo en la radio, no tanto por sus canciones propias —apenas había logrado componer dos o tres o, en realidad, solamente una— como gracias a las versiones francesas de canciones de *blues* y baladas inglesas. Sus *hits,* fr. *tubes*, se los debía a un cantante británico que entonces era igual de joven y ahora, que Dios lo proteja, «Que Dieu le protège!», igual de viejo que nosotros dos, taxista y cliente, y que seguía siendo el héroe de ambos, sin necesidad de una muerte heroica extra: Eric Burdon. De los temas de éxito o de las canciones, igual que de los poemas, por regla general yo retenía a lo sumo una o media línea (excepto, no me lo explico, del himno nacional austríaco, del que me sabía de memoria una estrofa entera). El texto de la balada de Eric Burdon «When I Was Young», pero, me lo sabía (y me lo sé) desde la primera línea hasta la última e incluso, si estaba solo, podía cantarlo, si bien no con «la voz de *blues* más negra que haya tenido un blanco» que se le había atribuido a Eric Burdon, al menos, imaginaba yo, en un inglés con matices eslavos. Pero ahora, en el umbral de Port-Royal-des-Champs, «Cuando era joven» / «Kad Sam Bio Mlad» / «Quand j'étais jeune» sonó a dúo, junto con la exestrella de la radio, como en tres versiones a la vez. Lo de «I believed in fellow men, when I was young» lo cantamos en original, lo berreamos al unísono.

Estábamos sentados —el tan celebrado tejado del granero de Port-Royal era un brillo broncíneo tras los florecientes castaños— en la terraza del albergue llamado «Au Chant des Oiseaux», «Al canto de los pájaros», que acababan de inaugurar por enésima vez, «¡mucha suerte!»; el taxista y yo, yo lo había invitado y en el mismo momento él a mí, éramos los únicos clientes, y eso no desde esa mañana, la colilla de cigarrillo del cenicero de al lado parecía antigua. La razón por la cual el otro se había hecho taxista a su avanzada edad no era la falta de dinero, el dinero no le preocupaba. Se aburría en casa, y más aún en el gran jardín. No en vano ya Pascal, y eso en el siglo diecisiete, había equiparado el aburrimiento con la muerte, con la más vergonzosa de las maneras de morir: un «marchitarse».

Y, además, al exintérprete de canciones le entusiasmaba conducir, hacer de chófer: ya en aquella época, el «bandleader» o «leadsinger» se había metido, entre concierto y concierto, en el asiento del chófer. Y especialmente ahora le daban ganas de conducir su Bentley (o la marca que fuera) por su región natal, Île-de-France, de día y, más aún, de noche. Qué delicia conducir el taxi, con o sin el cliente —que pasada la medianoche había bajado en alguna parte para hacer a pie el último trecho del camino a casa—, hasta el primer vislumbre del alba por las calles prácticamente vacías de los departamentos de Essonne, Val-de-Marne, Val-d'Oise, sin nadie a la vista, y así, de Pontoise a Conflans-Sainte-Honorine, de Meaux a Guermantes, de Bièvres a Bourg-la-Reine. Nos despedimos dándonos un abrazo.

El complejo de Port-Royal estaba abierto. Pero durante un buen rato fui el único visitante. Según mi experiencia de años, por lo general, nunca había muchos visitantes; había pocas cosas que ver, y de los edificios del convento de la época de las monjas y de sus alumnos Pascal y Racine, en el valle del Rhodon, apenas si había quedado una piedra. Que no: allí estaban, prácticamente enteras, las centenarias escaleras de piedra, en la pronunciada pendiente, entre el conjunto monástico de abajo, en las praderas del valle, y los graneros ubicados arriba, en la meseta. Como siempre, las subí y las bajé contando los escalones y, como siempre, llegué a un número diferente. El hambre en medio de la frente, que, afuera, ante la puerta de entrada, todavía era ardiente, ¿se había aplacado en el interior del recinto? Ahora, precisamente allí, en su lugar, ¿no amenazaba el aburrimiento pascaliano? ¡Qué va!: el hambre siguió siendo aguda, ahora incluso se intensificó con la desorientación. «¡La decisión se acerca!», grité en el desierto bosque del parque de la memoria (o imaginé que lo había gritado). «¡Necesito consejo!» (Cierto: no podía ser que lo hubiese gritado de verdad: si no, la cuesta de Port-Royal, que tenía enfrente, me habría devuelto el eco.)

¿Adónde acudir? ¿Dónde se mostraría, al fin, el lugar, el único lugar del consejo o del oráculo ante el cual yo, por así decir,

¡nada de «por así decir»!, podría tomar posición? Daba igual de qué manera y por dónde yo, arriba y abajo, acá y allá, en zigzag, a través, por así decir —¡basta ya de tu eterno «por así decir»!—, del sagrado reino de Port-Royal-des-Champs tropezara, resbalara, diera un traspié, me cayera (sobre el trasero o sobre lo que fuera): en ninguna parte un: ¡Ahí-allá-ahora! ¡Ahí está!

En mi vida, cuando con insistencia, no con desesperación, aunque sí al borde de esta (la desesperación es la desesperación y significa «muerto», y ¿qué quiere decir aquí «al borde de esta»?), había buscado algo y estaba a punto ya de abandonar la búsqueda definitivamente, muy a menudo había sucedido, y siempre de improviso, que encontraba lo buscado; claro está que no te podías fiar de eso; y de confianza en el mundo o en el ser, ¡ni hablar!

Así también sucedió ese día. En uno de los rincones más recónditos del recinto —de un reino, ni el menor brillo o resplandor tardío—, atrapado en la espesura de un inmenso zarzal, después de varios intentos de desenmarañarlo que parecían interminables, véase más arriba, de repente, después de una última elevación de rodilla, me hallé ante algo que en otros tiempos seguramente había sido un claro y entretanto casi se había cubierto de vegetación, exceptuando el resto de un estanque que se estaba desecando y el fragmento de un muro a su orilla. Claro que el todo, la imagen de plano general, no la percibí hasta más tarde: lo primero que me saltó a la vista fue, también eso como a menudo, un detalle.

En una de las piedras del muro habían grabado, como con un clavo o cualquier otro utensilio que tuvieran a mano, unas palabras en letras mayúsculas, que, no, no eran centenarias, pero tampoco, aunque daba la impresión de que las habían escrito no hacía mucho, eran del presente, de mi, nuestro presente. Y en un momento la inscripción estuvo leída, no había nada que descifrar: HOY OCHO DE MAYO 1945 – TOCAN LAS CAMPANAS DE LA VICTORIA (*traducido del francés*).

Ahí estaba, el lugar. Ahora lo tenía, mi sitio, ¡mi sitio de ahora! Al fin había regresado de verdad a Port-Royal. «¡Gracias por el regreso!» Un cuervo graznó desde la copa de un roble en señal de bienvenida y además hizo reverencias. Y un rumor único recorrió el follaje de mayo.

Me senté en la orilla, desde donde veía aislados ojos de agua, negros, cenagosos, y, entre ellos, medio hundida en el fango del pantano, una línea como rítmica de tocones de árbol que parecían restos de estacas, también de un negro cenagoso, como carbonizados. Estos últimos, a diferencia de la inscripción que anunciaba el final de la guerra, se elevaban como desde el fondo de los siglos, duros como el sílex o pedernal, y recordaban a las estacas que en la laguna veneciana balizan los trechos navegables, y así, eso lo decidí yo, las habían visto ya los ojos del joven Blaise Pascal, el escolar de Port-Royal, todavía enteras y lejos del actual negro carbón. ¿De dónde vendría aquel 8 de mayo de 1945 el repique de campanas de iglesia que anunció al valle del Rhodon y, más allá, a la meseta de Île-de-France que, por fin, el Tercer Reich había sido aniquilado? Solo podían haber sido las campanas, ¿dos?, ¿tres?, de la iglesia de Saint-Lambert, situada, siguiendo el curso del río, más abajo, y en cuyo cementerio yacían en una fosa común las mujeres del convento, las maestras de Pascal, acusadas de herejía.

A mis pies, medio oculto en el lodo, un lápiz podrido, y junto a este, «sí, ¿qué será eso?», una aguja de coser oxidada. (Ya solo faltaba la tercera cosa de rigor —¡déjalo, que falte!—.) En tiempos de Pascal, ¿existían ya los lápices de grafito o, al menos, los lápices? Decidí que sí. El lápiz escribía, y me lo guardé. ¿Y la aguja de coser? Óxido aparte: pinchaba. La guardé junto con el lápiz en un lugar seguro.

Involuntariamente busqué en la bolsa de tela mi pequeña edición, muy abreviada, de los *Pensamientos*. Pero ¿no había decidido expresamente para ese día no llevar conmigo nada que se pareciera a un libro? Mejor así. Me sentí aliviado. Cerré los ojos, y fue como si al mismo tiempo apenas oyera nada

más, salvo quizá un viento lejano, no el de aquí arriba, de la meseta, sino uno procedente de muy abajo, del valle de la desaparecida abadía de Port-Royal, una brisa de valle. «¡Cierra las puertas de tus sentidos!» —«Están cerradas.»

Para reflexionar: sin su birrete de cuatro puntas y su toga de cuatro piezas, los juristas no podrían engañar al mundo. Pero el mundo no puede resistirse a semejante espectáculo. Si verdaderamente el derecho estuviera de su lado, no tendrían que llevar sombreros de jurista. La sublimidad de su ciencia sería suficiente autoridad. Pero como su ciencia es meramente imaginaria, el camino de los señores del Derecho tiene que ser el de la imaginación, a través del cual ejercen, efectivamente, autoridad. Todas las autoridades van disfrazadas. Solo los reyes no necesitaron en su día un disfraz. No se camuflaron con una vestimenta especial a fin de presentarse como los poderosos, como el poder en persona. Aquel rey Luis, no el catorce, y menos aún el quince; el Luis mucho más anterior, rey, cruzado, más discreto que el más humilde de los pajes, llevaba casi siempre un jubón verde grisáceo y en la cabeza se ponía, cuando se ponía algo, una gorra de tela de un color indeterminable que se confundía con su cabello, ¿o la gorra era, el joven Luis IX sufría a menudo dolores de cabeza, una de lana, tricotada por su amadísima Margarita de Provenza?

Pero los reyes de tiempos remotos se han extinguido, y los demás necesitamos disfraces e imaginaciones. Y es la imaginación, y no la razón, la que produce la apariencia de belleza, felicidad y justicia. Sí, de la «justicia imaginada», de eso se trata aquí, y hoy, qué me importa a mí si el derecho, el codificado, está de mi lado. Ahora, en mi imaginación, en el mundo ya no hay justicia sin violencia, y de ahí, el derecho de espada contra lo que aparentemente es el sumo derecho, el cual es la suma injusticia, no solo en el caso «Mi madre». *Summum ius, summa iniuria.* Derecho de espada: ¡verdadera justicia! La malhechora es una de las del otro lado del río. Si fuera una de este lado, no sería justo castigarla, y el supermalhechor sería yo. Pero, como me imagino que vive al otro lado del agua, es de suma justicia matarla, de una manera

u otra. Si al menos aún existiera un reino que supiera de mí: ¡Ah! *su* cargo, no el mío. Pero ¿dónde están los reinos que saben de mí?

A todo esto, hacía un buen rato que había resbalado del resto de muro contra el que apoyaba la espalda y estaba tumbado en la hierba. Y luego debí dormirme. Soñé. Tuve un sueño como no había tenido desde mis años jóvenes: lo viví como algo tan real, la realidad en estado de vigilia, incluso estando muy despierto, raras veces era así de real, excepto en los momentos en que la emoción me superaba. Al principio lo que ocurría allí era la repetición de lo que, en su día, efectivamente, había sucedido entre mi madre y yo. ¡Había que ver cómo y de qué manera lo sucedido se repetía en el sueño! Cómo… cómo…, era de un real inigualable. De repente —al menos eso es lo que me parece en el momento que pongo por escrito aquella escena entre madre e hijo—, en la a menudo pacífica, cuando no entrañable, sí, intimidad doméstica que compartíamos, el adolescente le había preguntado a ella, que aún no tenía los cuarenta y seguía siendo la belleza del pueblo y, si me apuras, también la de la ciudad, por qué de alguna manera, no, por qué a su manera no había opuesto resistencia al imperio de los criminales. Esta pregunta —al mismo tiempo era una acusación, súbita, fuerte— llegó, en parte, seguramente por malicia, pero sobre todo porque me resultaba inconcebible, y por una rabia que me dura hasta hoy. También habría podido dirigir mi dureza contra otra persona de la familia y de más allá de esta. Solo que no sabía contra quién, y todos mis arrebatos, al menos en aquella época, tenían únicamente a mi inocente madre como víctima. No respondió, solo se retorció las manos en silencio. Y luego lloró, sin decir una palabra, gimió, sollozó ante su juez de pacotilla. Y sus sollozos no habrán cesado nunca.

Hasta aquí la escena se repitió en el sueño fiel a los hechos, solo que yo la vi como en supercinemascope, sin mí; en la pantalla del sueño, únicamente mi madre en un enorme primer plano. A partir de ahí, sin embargo, tras un momento en negro, de nuevo la cara de la madre, aún más monumental, si eso era

posible; del tamaño de un planeta: la cara de la madre al morir, no, después de su muerte, sin edad, y animada de una manera como nunca antes lo había estado. Era ella, mi madre, y era una desconocida, una horrible. O al revés: una horrible desconocida me miraba fijamente desde un único ojo muy abierto, el otro había como desaparecido tras una tumefacción, y esa era mi madre. Una vez me contó que de niña había estado ciega toda una semana por la picadura de un avispón en la frente, entre los ojos. La cara de ahora no tenía ningún fondo, estaba encerrada en un negro intenso, en el que destacaba blanca como la cal. En otro relato de su infancia, buscando a un becerro extraviado, había pasado todo un día y toda una noche atrapada en un zarzal.

En el sueño, la cara de la madre ya no era aquella de la narradora que, por lo general, en medio de las historias familiares más serias y desgarradoras, inventaba un detalle con el que el oyente tenía algo para reír, a lo que luego la madre, a su manera, entre avergonzada y orgullosa por la autoría, también se reía entre dientes. «Narradora-Sembradora» (rima): esto, decía el sueño, se había acabado para siempre. Aquella cara era la de una vengadora. Clamaba, aunque durante el sueño no dijo palabra —solo se veía el ojo, que me encendía—, venganza.

Cuando vivía, y eso mucho antes de que la melancolía se apoderara de ella, yo había tenido permanentemente, y siempre sin motivo, por nada de nada, miedo por la madre. Ahora, por primera vez tenía miedo de ella. Y es que la venganza iba contra mí, su hijo. Había que tomar venganza de mí, única y exclusivamente de mí. Y la venganza ya había sido tomada. La aparición de esa cara que de repente había avanzado desde el negro más negro, sin lágrimas, desahogada para siempre, eso ya era el acto de venganza. ¿Y el motivo? Otra vez una de esas preguntas tontas que uno se hacía tras despertar. En el sueño era de una claridad hiriente: esa vengadora no necesitaba ningún motivo. Era como era.

Por otra parte, en un sueño así, en el que no pasaba nada y

solo la cara muda decía lo que tenía que decir, a uno no le quedaba otra elección que despertar al acto. Y luego, nada mejor que alejarse del lugar con la histórica inscripción del repique de campanas al terminar la guerra mundial —más de siete décadas después de que la grabaran en la piedra seguía perteneciendo a la historia reciente—; huir lejos de la historia, hacia el presente, y eso significaba también, y sobre todo, hacia el presente de Blaise Pascal. ¿Hacia su sala en el museo? No, hacia el tejado del granero, campo a través.

Allí luego encontré, bajo un saúco en flor, un banco; el granero —desde hacía tiempo ya solo destinado a representaciones teatrales y conciertos— a mi espalda. Desde ahí se tenían vistas al valle, pero del complejo monástico, de la capilla, del palomar, no se veía nada; donde me sentaba, la fronda de mayo ocultaba todos los edificios, la pendiente con los ciento y pico escalones de piedra era invisible, ante mis ojos, pura naturaleza. Y así era como estaba pensado. Miraba alternadamente hacia las umbelas del saúco que tenía delante de mí, el viento de la tarde de mayo agitaba de un lado a otro, arriba y abajo, sin cesar, aquellas flores del blanco más delicado tan cercanas que las podía tocar con las yemas de los dedos; y hacia lo alto, por encima de la aguja de esa pagoda natural, hacia el cielo. Tiempo de audiencia. Esperar en silencio. Y entonces llegó el momento.

Es verdad, amigo: en el último siglo hubo un fin del mundo, hubo a la vez varios fines del mundo. Y así fue también, siempre de maneras distintas, en todos los siglos humanos anteriores.

Pero basta ya de fines del mundo, de unos y otros tipos. Regresemos a una de mis palabras centrales, la «imaginación»; ahora, en vez de esta palabra, pondría otra: la «apariencia». —Una palabra que en alemán es extremadamente polisémica, en sentido apreciativo y, sobre todo, peyorativo. —A mí solo me importa un sentido, el único apreciativo, aquel sentido, ¡óyeme!, especial, el sentido de la palabra «apariencia», ¡oído!, que funda un añadido vital, la apariencia como añadido. En

otras palabras: ¿«luz» ?, ¿«resplandor»?, ¿«brillo»?, ¿«halo»?, ¿«gloria»?, ¿celestial?, ¿terrenal? —Estoy hablando en serio, amigo, así que mantente serio tú también, tan serio como eres, precisamente tú. Pues la seriedad de ambos tendrá que formar parte del hablar de la apariencia añadida. O sea: la apariencia, aquella a la que yo me refiero, es la apariencia, y no se puede sustituir por ninguna otra palabra. Apariencia no es «imaginación», y tampoco está causada por la «facultad de la imaginación», a partir de la nada. La apariencia es, en sí y por sí, materia; es materia originaria, materia de las materias. Y la materia de la apariencia es inescrutable, ninguna ciencia puede investigarla, tampoco se puede medir su longitud, anchura, altura y volumen con las matemáticas, la más clara de las ciencias, y la más engañosa —y, sin embargo, la mía, mi primera… Sí, investigar lo que se pueda investigar, y lo inescrutable, venerarlo en silencio. —La apariencia, ¿el secreto de lo bello? —¡No me vengas ahora con «lo bello»! Fuera esta palabra, y basta ya de la belleza, tanto si lleva comillas como si no. No es lo bello el comienzo de lo terrible, sino su búsqueda, buscarlo con la mirada, aguzar el oído, codiciar la belleza, querer apoderarse-de-ella. ¡No hay necesidad más equivocada que la de la belleza! Toda la miseria del mundo viene de ahí, de que los hombres no son capaces de olvidar esos cuentos de la belleza. Todos esos desiertos y esas tierras baldías de la belleza. Por el contrario: ¡las fuentes, los arroyos, las corrientes y mares de la apariencia! El Pacífico de la apariencia. Sin apariencia: mi nada y la tuya. La apariencia, la vida. Nos hemos embarcado. *Nous sommes embarqués!* —¿Pero no has puesto todo tu empeño, desde tus días de infancia aquí, en Port-Royal, en ser «nada», «mi nada», «el débil»? Acuérdate: «Al poner por escrito mi pensamiento a veces se me escapa; pero ello me hace recordar mi debilidad, que olvido continuamente; y eso me instruye tanto como el pensamiento olvidado, porque lo único que pretendo es conocer mi nada». —¡Eh, mira!: la nube blanca en el horizonte, exactamente igual como la del cuadro de Poussin sobre la que Dios Padre está tumbado boca abajo durante la creación del paraíso. Y en el horizonte, frente a frente, el otro tramo de nubes de mayo, más

blancas imposible, un campo inmenso en el cielo, surcado por un dibujo ligero, como si lo acabaran de rastrillar. ¿Todavía existen los rastrillos en la agricultura, tirados por bueyes, caballos o tractores? —Existen.

Sucedió que luego me encontré con un segundo visitante de Port-Royal-des-Champs; uno que jamás habría esperado ver en este lugar. De repente, igual que a veces pasa en las estaciones con las voces de los avisos, me llegó desde arriba y como desde un lado una voz desconocida, por supuesto más baja y también más personal que aquellas, y, de nuevo a diferencia de los altavoces, una voz que preguntó: «¿Puedo sentarme con usted?». Al alzar la vista encontré a mi lado, delante del banco, sin distancia, una figura que me era familiar, tan quieta que parecía que llevara ya mucho tiempo allí. Esta dio ahora un paso atrás y dejó que la contemplara, hasta que, al fin, reconocí al hombre.

Era uno de mi región, no de la inmediata vecindad. Vivía un par de calles más allá. Sin embargo, lo veía a menudo, por lo general, de lejos, cuando por la tarde salía de la estación y se encaminaba hacia su casa o apartamento, y yo, en la terraza del «3 Gares», dejaba que el día acabara (o que justo entonces empezara). Como si no tuviera ojos para nadie o para nada, cruzaba derecho la plaza, pavoneándose, y yo siempre pensaba: «Otro dignatario». Por el dueño, que conocía a todos los que vivían en el barrio, me enteré de que era juez, juez penal del tribunal en el cercano Versalles, más bien para pequeños casos; antes, su título seguramente habría sido «juez de urgencia» o «juez de policía». A veces también ocurría que nuestros caminos se cruzaban o, más bien, yo cruzaba intencionadamente el suyo, durante unos momentos estaba muy cerca de él, y él no podía por menos que percatarse de mí, con aquella mirada rápida y superficial, como diciendo «¿Qué querrá ese?», igual que mi hermano aquella vez que me interpuse en su camino —la madre iba detrás— y me rechazó con un despreciativo «¿Y tú que quieres?».

No había duda: el que ahora con toda naturalidad se sentaba

conmigo bajo el saúco en flor era la misma persona a la que yo, en nuestro entorno habitual, más de una vez había estado tentado de asestarle una patada. Él estaba lleno de asombro por haberme encontrado en la soledad de Port-Royal-des-Champs, y a mí me ocurría lo mismo. Me asombré y me alegré, y él también.

Quien luego habló, ese fue únicamente él. Había venido en bicicleta como casi cada fin de semana, una excursión de un día, ida y vuelta. Yo tampoco lo había reconocido a la primera porque tenía otra pinta, no llevaba nada propiamente deportivo, más bien un traje desgastado y se le había quedado olvidada una abrazadera en una pernera del pantalón. Al juez le encantaba sobre todo la techumbre de tejas del granero de Port-Royal, jamás podría cansarse de mirar aquel reflejo amarillo anaranjado, cuando era niño se había pasado horas y horas sentado al borde de un enorme pozo de ladrillos, y la mirada de entonces, hacia lo profundo, luego se había como invertido y, con el tejado de Port-Royal, transformado en una mirada hacia lo alto; para la jubilación había adquirido una pequeña casa en Buloyer, el pueblo de al lado, desde la ventana superior, con la vista despejada hacia el oeste, se veía el tejado del granero de Port-Royal. Además, esta de aquí era una de las mejores zonas de toda Île-de-France para coger setas, aunque hoy todavía no había encontrado nada que valiera la pena, probablemente ya era demasiado tarde para las colmenillas, y también demasiado pronto para las incomparables setas de San Jorge, que, sin tener el sabor habitual de las setas, eran sencillamente «una delicia para el paladar», además —científicamente probado— fortalecían las arterias coronarias. A todo esto, me mostró su sombrero redondo más bien vacío, a lo que yo, en contrapartida, le señalé un nutrido ejército, totalmente blanco, de las setas de San Jorge que él había alabado —y con qué aprobación por mi parte— asomando destellantes en la penumbra de un arce. Yo les había echado el ojo enseguida, pero iba en contra del acuerdo, del mío conmigo mismo, abandonarme en ese día a mis locuras habituales.

Una vez recogidos los tesoros en el sombrero, el juez se sentó de nuevo conmigo, pero lo que continuó diciendo ya fue más un monólogo. Era como si yo no existiera para él, aunque no en el mismo sentido que cuando nos cruzábamos en nuestra plaza de la estación: «Cómo detesto las sentencias. Juez: una profesión imposible. Una presunción desmedida. Lucifer, en comparación, fue efectivamente el portador de luz. Nunca más juez. Para nosotros, los jueces, un infierno aparte. Pero hay una pena, una única entre todas las predeterminadas por la ley, que entretanto pronunciaría convencido, con conocimiento de su necesidad, de su urgencia precisamente hoy, como instrumento de disuasión. Y esta es la pena por abuso del derecho, un delito por el cual casi nunca se exigen responsabilidades al malhechor, por no hablar de castigo. Sin embargo, a mi modo de ver, hoy en día, los que abusan de sus derechos no son, entre todos los infractores y violadores de la ley, simplemente una mayoría, sino que también causan a los otros, a los que les explican el cuento de su derecho (y, por cierto, sin parar, día tras día), y ejercen ese derecho suyo —¡y eso es el abuso del derecho!— sin necesidad ni fundamento ni sentido, solo por malicia, ellos, los abusadores del derecho, causan a los otros, sus víctimas, una desgracia tras otra, un dolor tras otro, una injusticia tras otra. El abuso del derecho se ha convertido en una religión aparte, una idolátrica, quizá sea la última: jugar con los derechos propios y exagerarlos en contra del que tengo al lado como prueba de la existencia. Doy golpes a diestro y siniestro con mis derechos, luego existo. Y existo solamente así. Y solamente así existen y se sienten a sí mismos esos impunes violadores de la ley del abuso del derecho. ¿Violadores de la ley? ¡Matan la ley! Y matan no únicamente esta ley. Habría que construir prisiones aparte para esos modernos tipos de perpetradores. Y, luego, esperar a ver qué pasa cuando los criminales que están allí cumpliendo condena, de celda en celda, de la mañana a la medianoche, juegan al póker con sus derechos marcados. ¡Ah! Abuso del derecho; el único delito no sólo imprescriptible, sino también ¡sin ninguna circunstancia atenuante! Pero no es únicamente en estos casos en los que ya no hay una sociedad. Ya no existe

ningún acuerdo general y mucho menos una *volonté générale*. Quizá no la hubo nunca, pero la palabra se hizo carne y ha tenido su efecto entre y sobre nosotros. Ya no hay una sociedad. Pero quizá así llegue la gran liberación».

Luego, paulatinamente, el juez fue volviendo en sí, a pesar de que, a juzgar por los movimientos labiales, en su interior las lecciones de derecho seguían. Al final golpeó el banco con el canto de la mano, como si interrumpiera el ensayo de un concierto, y me sonrió de oreja a oreja: ¿porque le había salido bien la broma, su broma especial? o ¿porque se había desahogado? No estoy seguro. En cualquier caso, estuvimos sentados uno al lado del otro todavía un buen rato; él, con la cabeza echada hacia atrás mirando el tejado del granero; yo, con la incesante lluvia de flores de saúco delante de mí. Ni una palabra más entre nosotros dos. Y, sin embargo, nos unía el habernos encontrado precisamente aquí, en lo imprevisto, y eso duraría.

Mi idea por un momento: ¿Habría ocurrido algo comparable, por ejemplo, si casualmente en este rincón del mundo me hubiese cruzado con la calumniadora de mi madre? ¿Uno al encuentro del otro?, ¿reconciliación? ¡Quita! Eso no entraba en consideración, nunca, y en ninguna parte. Pero aquí tampoco se hubiese llegado a un acto de venganza, aquí, no: el lugar era tabú, un lugar de asilo, y no porque se tratara del especial Port-Royal-des-Champs, sino porque habría sucedido que la mujer y yo nos habríamos hallado, uno frente a otro, sin un plan.

Como despedida y «¡hasta la vista!» quise sorprender al juez soplando en un tallo hueco de diente de león tal como, en su día, niños de pueblo, habíamos aprendido, y me salió un tono grave, largo, un simple sonido áspero más bien. Sin embargo, fue él el que me sorprendió. Enseguida cogió varios de esos tallos, de grosores distintos, hizo un manojo, se los llevó a sus labios de juez, y mira, no, escucha, sonó como una fanfarria polifónica, entremezclada con el sonido de una gaita —no, esta palabra no, una *cornemuse*—, y con el tono fundamental de un

cuerno de toro: un par de momentos de una música como yo y, en general, el mundo —así lo decidí una vez más— jamás había escuchado.

Al fin, de nuevo el juez, con una voz como apaciguada por la música que había tocado: «Y, sin embargo: ¡Viva el derecho! Sí, el derecho como un placer, uno especial, que se puede encontrar, por ejemplo, en los ojos de los niños: ellos no juzgan, deciden. El Cuarto Poder. Solo que ¿quién lo aplica?». Y tras una pausa: «Mire allí: el dibujo de las tejas del tejado del antiguo granero, ¡como el Otro Mapamundi!». Y, de nuevo, tras una pausa, mirándome como si lo supiera todo: «Usted tiene un plan serio. Que mis mejores deseos le acompañen».

Al fin y a la postre, el juez incluso empezó a balbucear, lo cual, pero, aumentó aún más mi confianza en él, como me ocurre desde siempre con los que balbucean. Y una de sus pocas palabras comprensibles fue: «¡Soy huérfano!». («Je suis un orphelin!»)

Al abandonar Port-Royal —de nuevo anduve un poco marcha atrás—, tuve la necesidad de prometer algo a la luz de detrás de los árboles, solo que no supe qué.

Por el camino que bordeaba el bosque, hacia el este, hacia la parada del autobús, me invadió, más o menos repentinamente, la falta de tiempo. Todos los días tenía que vérmelas con ella, y siempre llegaba sin motivo alguno, a traición. Por lo general, solo me rozaba y, en un abrir y cerrar de ojos, de nuevo me dejaba libre, el contrahechizo de la razón la hacía desaparecer. También aquel día lo intenté —«hay tiempo de sobra hasta la tarde y, además, en mayo anochece tarde»—, pero la falta de tiempo me seguía atenazando, sobre todo en la garganta. La falta de tiempo era una asfixia, una especial, y de nada servía que la razón intentara calmarme diciéndome que la carencia era una alucinación mía, debida, entre otras cosas, a que, en mi imaginación, yo avanzaba, hacia el este y hacia la oscuridad.

Semejante falta de tiempo —también hoy, como siempre, se había presentado antes de aquel umbral hacia la tarde que, de súbito, parecía como inalcanzable—, a pesar de que, como carencia o apuro, enseguida se revelaba infundada, traía igualmente consigo un tramo, tanto de tiempo como de camino, a veces más corto, a veces más largo, de insociabilidad. Y así fue también esta vez. Solo que mi insociabilidad, literalmente, crónica, es decir, efímera, «temporal», camino de la parada de autobús, que, de un paso a otro, se había vuelto absurdamente urgente, como si me persiguieran, se convirtió bruscamente en odio hacia la humanidad, en una enemistad con la humanidad, que era enemistad mortal, y contra esta, la razón, la mía, de nuevo no podía luchar, aunque cada par de pasos apresurados me recordara otra vez, como un apuntador, que mi furia asesina, tan pronto como me cruzara con una persona, aunque solo fuera una, de carne y hueso, no importaba de qué carne ni de qué huesos, podía ser incluso la maldad en persona, al instante se convertiría de nuevo en mi habitual insociabilidad de primeras horas de la tarde, durante la cual ante el otro, sin mirarlo ni una vez, bajaba la cabeza o la volvía hacia un lado. «Espera a encontrar otro usuario del camino: en silencio le vas a pedir inmediatamente perdón por tu odio, aunque esté paseando a tres perros *pitbull*».

En todo el camino no se cruzó conmigo, el afectado por la falta de tiempo, nadie. Y no me importó. Realmente disfruté mi rabia y mi misantropía. Así también —y sobre todo— desapareció la falta de tiempo. En el bosque de al lado tenía que haber un campo de tiro, pues a intervalos se oía un ruido sordo de pernos tras los árboles. Flechas zumbaban y vibraban sonoras en el blanco o, menos sonoras, fuera del blanco. Ballestas las hacían silbar e impactar. Y el que estaba disparando, ese era siempre yo; yo, yo, y otra vez yo. Y el tirachinas infantil a orillas del camino, aunque estaba muy destrozado, era el mío. ¡Otra vez tensado! Una pena, una verdadera lástima, que ese camino de la misantropía fuera tan corto, apenas tenía la longitud de una docena de tiros de arco o, a lo sumo, de dos docenas de tiros de piedra.

Por otra parte, cuanto más triunfal era la euforia —enemigo mortal de toda la especie humana—, mayor era el malestar que sentía. Me inquietaba no saber absolutamente nada del actual estado del mundo. Era un hecho que no solo tenía mala conciencia por estar desinformado desde la mañana y, entretanto, casi todo el día, sino que, más allá de eso, consideraba mi ignorancia de las informaciones, las que fueran, como una irresponsabilidad, y como una culpa, una grave. ¿Por qué no me había interesado por las catástrofes actuales, asesinatos en masa, atentados? ¿Y si el mundo ya no existe? ¿Y si esto de aquí es su mero reflejo? Y mira ahora: las paredes para carteles que han puesto para las elecciones europeas en el desvío hacia la parada del autobús son largas como la mitad del pueblo, y no hay ni una cara de cartel, ¡toda la pared vacía! Pero ahí, en la acera, bajo el cerezo: un escarabajo sanjuanero, casi del tamaño de un pulgar, con el dibujo dentado de color claro a ambos lados del caparazón, muerto por congelación durante la noche de mayo; y ahí: otro, y aquel de allá se mueve, ¡vive! Por lo tanto, no están, como se afirma, extinguidos, los escarabajos sanjuaneros. ¡Información! ¡Una buena noticia!

Esperando el autobús en una cabina de hormigón, sin ventanas, de nuevo junto a una carretera de Île-de-France, fuera del pueblo. Había una pareja joven, en silencio, el hombre, con los brazos caídos, la mujer, un pequeño paso por delante de él, sin contacto entre sus cuerpos, pero ella, con los dedos de una mano no paraba de recorrer de arriba abajo la espalda de él. Este gesto era nuevo para mí, en cualquier caso, eso no era acariciar. O quizá sí, y esa manera de acariciar se habría naturalizado en el mundo, y no solamente en el occidental, mientras yo había estado durmiendo y soñando en la soledad pascaliana. Y tuve la sensación de que, en un solo día, había estado años en Port-Royal.

La pareja se alejó sin mirarme una vez siquiera. O algo así: desde el principio mi presencia les había pasado inadvertida. Por lo tanto, no habían estado esperando un autobús, para nada. ¿Era tal vez una parada de bus en desuso y la línea de

autobús que yo conocía de años anteriores, en realidad, estaba fuera de servicio? Pero no: ahí estaba colgado el horario actual, y también valía en fines de semana.

A mí, hacía un momento todavía falto de tiempo, ahora el tiempo se me hizo largo. Me figuré que esto se debía a que aún nadie tenía ojos para mí. En los ciclistas de la carretera ya era lo habitual, especialmente si iban en pelotón, con el equipo y el casco protector, ocupados, además, en mantener sus diálogos a gritos —había que ahogar el zumbido de las ruedas —. Tampoco desde los coches, que ahora a media tarde apenas eran más, nadie me dirigió una mirada, ni siquiera momentánea; si los ocupantes miraban algo, era la carretera o, si eran varios, miraban a uno de los otros. Y, sin embargo, yo me imaginaba que tenía un aspecto llamativo, con mi traje Dior negro azulado de tres piezas, el Borsalino de ala ancha y la pluma de busardo en la cinta del sombrero, con las gafas oscuras, solo en el desvencijado banco de la marquesina del bus.

Salí y avancé hasta el borde de la carretera. No es que deseara que del cenit me cayera un rayo. Pero durante un momento estuve dispuesto a que ocurriera, tal era mi necesidad de una prueba de existencia. Me senté expresamente en una piedra del bordillo mucho más grande y gruesa que la otras, que, además, estaba colocada torcida y cubierta hasta arriba de ortigas de mayo, que son especialmente punzantes. Al arrancar adrede un par de ellas con las manos desnudas, pues quería notar el escozor (al principio una sensación de bienestar), me di cuenta de que en la piedra, que no era de hormigón como las otras, sino de granito, habían labrado —no era cosa de hoy, ni de ayer— una corona real. Reseguí con gestos meticulosos sus contornos llenos de musgo, con las uñas y, luego, con el pequeño puñal sarraceno, apenas del tamaño del dedo corazón, que, como era habitual, llevaba conmigo, y separé repetidamente las piernas a fin de conducir las miradas, las que fueran, como a través de un telón que se abriera, hacia el fenómeno: «Pero ¡mirad!, ¡ved!: una piedra de bordillo de la época de los reyes, y el idiota del día sentado en ella como si

fuera su sitio, y mirad de qué manera ese extraviado, sentado en la piedra real, realiza al mismo tiempo un baile sin levantar el trasero ni siquiera una pulgada; de qué manera baila al borde de nuestra otrora carretera real su baile sedente, pasado de moda desde hace siglos, y, además, ¡sobre los mellados cantos puntiagudos de su piedra sitial!».

Pero nadie prestó atención, ni a mí, ni a otro o a otra cosa. Mejor definitivamente sentenciado que ser ignorado. Cada uno por su cuenta, y eso no solo los que iban montados en sus vehículos o dentro de ellos: también un grupo de excursionistas, uno digamos particular, viejos y jóvenes, sin o con bastón, gritándose alegremente entre ellos, pasaron por delante de mí, el sentado en la piedra del bordillo, sin un pestañeo; lo mismo los dos o tres excursionistas en solitario que caminaban abismados en sus mapas para excursiones.

Y, sin embargo, yo tenía un cargo. Deseaba ver a todos ellos, los que iban en vehículo igual de intensamente que los que caminaban, conduciendo y caminando bajo el cielo de Île-de-France, y no solo de Île-de-France —cosa que no logré, una y otra vez, no—. Un hombre muy joven, como si viniera de lejos, del claro oeste, arrastrando una maleta enorme, una sin ruedas, avanzó al fin hacia mí, a contraluz, de modo que no me formé una idea de su cara hasta que pasó de largo, casi rozándome —también él ignorándome, impremeditadamente, yo no existía para él—: una cara muy joven, a la vez una, qué rareza, de tiempos antiguos. Aparté la mirada de él, miré hacia el cenit, evaluando: y tampoco este, el casi-niño con una forma de cara de otros tiempos, los de Luis el Cruzado o de Perceval, andaba bajo un cielo.

Sin embargo, luego, cuando miré por encima del hombro cómo se alejaba y vi su nuca y su espalda: ¿Cuándo fue la última vez que alguien anduvo así bajo semejante cielo? Y no serían pocos los que, hasta el fin de la tarde y hasta bien entrada la noche, vería conducir, andar, estar de pie, sentados, tumbados, bajo el cielo.

Durante el tiempo de espera del autobús ya habían llegado hasta la carretera, del pueblo o de un jardín de este, tonos y voces como solo se escuchan en una fiesta, y había pensado: «Demasiado pronto para una fiesta, en cualquier caso, para mí. Dejadme en paz con vuestras fiestas de mayo. Mi fiesta, la fiesta de la venganza, a la luz de la venganza, tendrá que esperar hasta más tarde, ¡hasta la noche!».

Ahora, en cambio, habría deseado que uno de los participantes de la fiesta viniera a encontrarme en mi Real Piedra de bordillo y me invitara —lo deseaba, sí, a pesar de que el día estaba pensado de tal modo que, deseando, no se conseguía nada—. En especial la voz de una mujer del barrio festivo siempre me hacía aguzar el oído y, en concreto, la manera como se reía: ahora alegre, luego entre minimizando y mofándose, luego incluso arrogante, al mismo tiempo, pero, como desesperando de todo y de todos los que la rodeaban y especialmente de sí misma: era la risa de mi madre. —¿Una risa al borde de la desesperación y, sin embargo, una risa festiva? —Así era. Así es. —¡Ve ahora tras esa sonrisa! No, en las décadas anteriores había perseguido demasiado a menudo el fantasma de la madre.

Por fin, el autobús, ya de lejos haciendo intermitencias con los faros, como para mí personalmente. A lo largo del día sólo me había cruzado con autobuses casi vacíos y, al montar en este, la presencia de pasajeros llamaba literalmente la atención, la mayoría tenían caras extranjeras, era apenas imaginable que fueran más extranjeras, en número y en volumen, al mismo tiempo, para mí, a primera vista, casi terriblemente familiares. Sí, ¿quizá era un autobús de campesinos, uno como los que yo conocía de España, atestado de *labradores*?*. Y al punto tuve en la nariz el olor de las cebollas, las naranjas, las mazorcas de maíz y, predominando, el del coriandro fresco.

Pero no; esas caras anchas, todas ellas parecidas, no eran caras de campesinos. A lo sumo uno, el más viejo de todos, lo había sido en otros tiempos, en Andalucía o en Rumanía. Y, sin embargo, en el autobús iban sentados hasta el fondo de todo

los hijos y los nietos de los *labradores*[*], ya fuera de los españoles, los norteafricanos o los balcánicos. Solo que hacía mucho tiempo que ya no trabajaban en tierras ajenas, quizá ni siquiera les habían transmitido algo sobre el campo y la agricultura, habían vivido desde su nacimiento aquí, en la meseta de Île-de-France, y se habían convertido en vendedoras, camareros, trabajadores domésticos, adiestradores de perros, planchadoras; y el autobús de media tarde los llevaba después de la jornada laboral a casa, a sus viviendas en uno de los nuevos hábitats dispersos.

De parada en parada bajaban más y más pasajeros, con lo cual la imagen que me ha quedado de ellos es la de unos aldeanos, sobre todo aldeanas, yendo de excursión en un día festivo; también habrían podido venir de mi antiguo pueblo. Y en el autobús cada vez más vacío, esas caras y aquellas otras se mostraban completamente diferentes, no definibles, tampoco por la edad. Quedaban un par de pasajeros y todos leían, pero, un libro, solamente uno de ellos. Los demás —una vista curiosa y, al mismo tiempo, familiar— leían mapas desplegados, entretanto había espacio suficiente para ello; no eran mapas regionales para excursionistas, sino mapas del país a gran escala, mapas de países, y aquel de allá, ¿no estaba leyendo un mapamundi? Sí, e incluso vi a un pasajero estudiando un atlas estelar.

Pero de quien de ninguna manera podía apartar la vista era de la joven negra que estaba sentada junto a la ventana en la parte trasera del autobús con un libro delante. Primero solo me llamó la atención la figura, de arriba abajo del mismo negro oscuro, las facciones indistinguibles, como algo fantasmal, incluso amenazante, que contrastaba con el paisaje de mayo, que ahora, a media tarde, desfilaba ante mis ojos más verde que verde. ¿Para qué, más allá de mí, se tenía que estar preparado? (De adolescente, en el autobús de la tarde en el que regresaba a casa, me había inventado una historia en la que, de repente, al lado del conductor se alzaba un loco exclamando: «¡Soy Dios!» y, en esto, ya se hacía con el volante y se precipitaba «con todos nosotros» en el abismo.) Luego ya tuve

ojos para el brazo de la africana apoyado sobre la rodilla levantada y para la mano con el libro; no, lo que se mostraba así era lo contrario de un fantasma o de una imagen aterradora. Y eso venía de la blancura de las páginas del libro, de su resplandor al pasar las hojas o por un movimiento de la mano de la lectora que, cada vez, era como involuntario.

No era raro que viera desconocidos leyendo así, y quizá más a menudo que en años pasados o, con el tiempo, había adquirido una mirada especial para lectores, de estos y de otros, y a punto estuve cada vez —la cosa quedó ahí— de preguntarles qué libro estaban leyendo «¡tan bellamente!». Pero con esta lectora, por primera vez, no tenía la menor gana de saber el título. No necesitaba conocerlo, seguro como estaba de que leía el libro «libro», de la colección «libro de los libros». Toda mi vida también, aunque siempre de manera exclusiva ante la naturaleza, había presenciado tres colores, que se juntaban formando una imagen de paz —el cielo, una montaña, un río (clásico)—, como «colores de una bandera», colores de un estandarte de paz: ahora, aquí, con el verde tras la ventana del autobús, el blanco de las páginas del libro y el negro en el negro de esa lectora, los colores de la bandera, por primera vez, no provenían solamente de la naturaleza. Y me imaginé cómo en el África profunda algún día la lectura continuaría. Una mano, al pasar las hojas, llevaba a la otra y, del mismo modo, un dedo al otro.

El destino del autobús era una estación de tren, situada abajo, en uno de los valles laterales de uno de los ríos de Île-de-France que van a parar al Sena. Pero el trayecto en autobús —al final, un verdadero viaje— debía continuar hasta el final de la historia, hasta bien entrada la tarde y, luego, en dirección a la noche, aunque no en autobuses de línea, sino en los llamados «autobuses sustitutorios». Y es que estaban renovando por completo la red ferroviaria en torno a París e imperaba la «época del autobús sustitutorio», lo cual tenía como consecuencia que las paradas a las que se dirigían los autobuses sustitutorios eran las habituales estaciones de tren y, entremedio, lejos de las vías, tenían que tomar cada vez

enormes desvíos que multiplicaban la duración del viaje, curvas por carreteras secundarias que pasaban por sitios nunca vistos, muchas veces llegaban hasta los límites de Île-de-France y, en algunos lugares —de ello se hablará a continuación—, también más allá.

A mí esto no me pudo venir mejor. Era como si, pasado el segundo de la falta de tiempo, tuviera tiempo en abundancia, y como si, además, eso fuera una particular ley natural del alma; en todo caso, yo la declaré como tal. Y, en efecto, viví los sucesos de aquel viaje en autobús sustitutorio —también los tristes, malos— como tiempo en abundancia, el tiempo como el dios que era bueno, sin un solo pensamiento en lo que planeaba hacer o en lo que todavía me aguardaba.

Curva tras curva, transportado en todas direcciones por desvíos enormes, me parecía como si, al mismo tiempo, estuviera caminando fuera, ocioso, como si continuara recorriendo, paso a paso, de suceso en suceso, de imagen en imagen, la meseta, que notaba elástica bajo mis pies; también como si una y otra vez me quedara de pie; me sentara en un banco; entrara en una iglesia abandonada que había visto al pasar el autobús. ¡Una epopeya de los trechos en autobús sustitutorio! «¿Dónde estás, Homero de los buses sustitutorios?» Por otra parte: qué duros eran los asientos en comparación con los de los autobuses de línea. Qué estruendo en la proximidad del suelo, en vez del adormecedor ronroneo. Qué tortura al más mínimo bache. —Pero ¿eso no formaba parte de la epopeya?

Todos los senderos trillados entre los edificios bajos y altos, salpicados con margaritas silvestres, y solo con ellas. Un hombre mayor, y lo mismo la mujer, delante de la entrada del bloque de pisos baratos, la mujer buscando las llaves de la casa en los bolsillos, los profundos, del abrigo del hombre. Un muchacho da un bofetón a su madre. Todos los perseguidos, ¿y dónde están los perseguidores? Y allá: yo de niño —qué remolino en la coronilla, y, sobre todo, ¡qué mofletes!—. Y qué ladridos daba ahora el perro —y en medio, un lloriqueo como de un recién nacido—. Y ¡mira!, por allí va el que creíamos

muerto, el idiota de nuestra región, sin más, como si no hubiera pasado nada —solo que entretanto le ha crecido la barba—, ¡ah, entretanto!

Una pelea en la acera: sin querer, uno ha empujado al de al lado con su mochila rectangular para ordenador, y el que ha sido empujado devuelve el golpe con los puños.

Tantos niños que, cuando te los miras, sobre todo de lejos, se esconden como si estuvieran haciendo algo estrictamente prohibido… y, sin embargo, solo están jugando, como ahora esos dos, con una lata.

La anciana, cómo está de pie delante del banco y sigue ahí, y se dice a sí misma: «¡Siéntate!» y, de nuevo, «¡Siéntate!».

Y los acontecimientos en las cien curvas del trayecto inverso: el que en el viaje de ida estaba en cuclillas delante de sus herramientas esparcidas al borde de la carretera sin saber qué hacer, y en el viaje de vuelta aún sigue igual. El que tiembla en todo su cuerpo le sujeta a otro, que quiere darle fuego, la mano temblorosa. El que de la cabeza a las pantorrillas va completamente tatuado y tiene más que pálidas las mordidas puntas de los dedos. El anciano que no para de agacharse buscando avellanas bajo un avellano y no sabe que aún es mayo y que el verano está todavía por llegar. Y de nuevo un niño que por detrás grita de lejos a alguien desconocido: ¿para insultarlo? No, para saludar al extraño cuando se dé la vuelta. Y no hay que olvidar a los no pocos que, al límite de sus fuerzas, solo es un ejemplo, se apoyan contra un árbol de la calle, y no solamente no están en condiciones de dar ni un paso, sino que también son incapaces de coger con sus dedos, que no cesan de torcerse y agitarse en el aire, algo de su propio bolsillo que necesitan urgentemente, una llave o un no menos necesario imperdible: «¡Socorro!», dicen esos dedos fuera de quicio, queriendo en vano regresar al cuerpo del que antes formaban parte, «¡Socorro! ¡Salvadme! ¡Ayudadme, por el amor de Dios!». Como respuesta —¿más una burla que una respuesta?—, el rumor en los aires que ya estaba ahí,

permanentemente, no había empezado hoy, un uniforme estruendo de fondo —¿las ondas de radio?— que ahora, pero, contrasta con el habitual mundo de ruidos, acercándose al grito de socorro. Y cuantas tierras de nadie siguió habiendo, es cierto que cada vez eran más pequeñas, pero había más y más.

En cambio, ¿nada que contar del interior del autobús, a pesar de que el viaje continuaba muy avanzada la tarde? Claro que sí: yo me cosí de nuevo un botón de la camisa: luego, un sentimiento de protección en la muñeca, la sensación de estar en casa estando fuera de ella. Y uno de los pasajeros insultó a su teléfono móvil, lo tenía enfrente: «¡Para ya de hacerme señas, rata!». Y una de las algodonosas pelusas de flor de álamo y de sauce que entraban a través de la ventana medio abierta del autobús y planeaban en el interior del coche aterrizó en el dorso de mi mano: entre la blanca pelusilla se distinguían unas alas negras de mosca que se movían, o no: la misma pelusilla era parte de la mosca, y fue imposible soplar de mi mano la «mosca de pelusa blanca» (así es como la llamé), a lo que literalmente pensé: «¡Esta mosca salvará la humanidad!». Y un pasajero japonés con la mascarilla respiratoria. Y los otros, no pocos, que se apellidaban «Stöpsler» y «Nestler», o tenían doble apellido «Nestler-Stöpsler». Y no hay que olvidar a las mujeres que, en la parte trasera del autobús, se ponían guapas para la noche, de parada en parada eran otras.

Y, sí, claro, la iglesia en desuso en una de las curvas que tomó el autobús, cerca de la frontera de Île-de-France con Normandía o Picardía. Durante una de las paradas de descanso entré en ella. Estaba abierta, la habían reconvertido en un silencioso salón de *bridge,* solo había jugadores en una mesa, mujeres. En otra mesa, una mujer, mayor, sola, con los ojos cerrados. De la decoración de la iglesia ya no quedaba rastro. Sin embargo, luego vi uno en una pared lateral: la Luz Eterna, ya había sido eléctrica en la época en que aún se celebraba misa, y cómo se reflejaba en las gafas que las jugadoras de *bridge* se habían colocado en la cabeza. Y luego, otro resto: el antiguo confesionario, los niños lo utilizaban para jugar al

escondite. Y fuera, en el arco de medio punto alrededor de la entrada principal, todavía se distinguía la cenefa de rombos de la época medieval, era como si un ojo se uniera con otro ojo, lo que me imaginé como una variante de la «arroba» del ordenador. Y luego, otra vez, ¡mira!: las milenarias marcas de cantero, una grabada como un árbol piramidal y, junto a ella, un corredor que, detenido ante las marcas como si fueran pictogramas de un circuito gimnástico, realizaba sus ejercicios físicos. Y, al final, encendí ahí o allí mismo dos velas, no dentro, bajo la Luz Eterna, sino fuera, al aire libre, cerca de los rombos y las marcas de cantero, una para los vivos y otra para los muertos. Entonces vi de nuevo a mi serpiente; emigrada hasta la frontera, yacía enroscada junto con otra serpiente en la hierba de detrás de la antigua iglesia bajo el último sol de mayo, y ahí se quedó, alzó su cabeza parcheada solo un momento. Pero también formó parte de esta epopeya que el conductor del autobús sustitutorio se extraviara una y otra vez y no supiera cómo continuar, y quien lo ayudó e indicó el camino, este fui siempre yo. Así es como estaba pensado.

Después de la nonagésima novena curva del autobús sustitutorio, al caer la tarde, la estación terminal; el destino. La fonda prevista: una estación terminal-fonda sin igual. —¿Qué hay que imaginarse con ello? —Nada especial, salvo que recordaba, en todo caso a mí, el interior de un granero, a pesar de que, desde siempre, desde hacía siglos, había servido únicamente como cantina; el mismo suelo, tablas de roble ensambladas muy juntas, era más bien como el del restaurante de un transatlántico. Durante un buen rato estuve solo, sentado en una de las muchas mesas que, poco a poco, terminada la jornada laboral, se fueron ocupando, y me hundí en la contemplación de las viejas tablas del suelo, probablemente gracias también a la pesadez de la cabeza que a lo largo del día había ido en aumento. En numerosos puntos de la madera, donde en su día las ramas habían crecido del tronco del roble, en lugar de los antiguos nudos, había hoyos; la mayoría eran pequeños y, aquí y allá, también los había más grandes, concavidades más hondas; y a mí me vino a la mente el suelo del pueblo, de madera de abeto, por supuesto, no de roble, en

el que en su día/en nuestro día, apuntando a agujeros y hoyos similares, en medio de la casa y no, por ejemplo, fuera, al aire libre, con bolitas de barro hechas con nuestras propias manos, habíamos jugado a las canicas, un juego nuestro muy especial; y, a mí, ahora, sin pensar ya en los juegos posteriores, me parecía que de todos nuestros juegos aquel juego infantil había sido, de nuevo literalmente, «el súmmum». Y uno así quería yo también para la noche que se acercaba. ¿«Quería»? Yo lo establecí así: nuestro juego decisivo. Y aquí el «nosotros» se entendía por sí mismo.

Nombre de la fonda de la estación terminal: «Neuf-et-Treize», Nueve y trece, y se llamaba así ya desde hacía más de un siglo. ¿Porque allí se juntaban dos líneas ferroviarias? La sala estaba casi llena, a excepción de una mesa, una pequeña, en el centro, que quedó vacía y así se quedaría; también esto estaba pensado así.

La fiesta podía empezar. No se requería señal o preludio alguno. Un simple colgar el abrigo, un retirar la silla, un tomar asiento, formaron, junto con otros movimientos, ademanes y gestos —un apretón de manos, un enarcar las cejas—, el ambiente festivo, cuando no, por momentos, solemne; y para eso, aquel estrechar la mano especialmente llamativo, trazando un amplio arco desde la frente hasta la mano del de enfrente, no habría sido necesario.

No pocos de los que durante el día me había ido encontrado habían acudido con otra apariencia, y, sin embargo, eran los mismos: el cantante y taxista, el juez e intérprete de chirimía. Y me vino el pensamiento, sí, reconocí que en todo el tiempo no me había tratado con ni una sola persona mala o malvada, y eso no solamente este día en particular, sino ¡desde hacía meses!, ¡años! Al fin y al cabo, ¿me había enfrentado alguna vez con un malvado, con alguien realmente malo, en persona? En persona no, nunca en carne y hueso.

A mi alrededor solo veía invitados luminosos. También eran luminosos los que tenían el gesto sombrío: qué luminosidad

más especial, casi (casi) sobrenatural, irradiaban tan pronto como la oscuridad, aunque fuera en cada caso solo durante un momento fugaz, los abandonaba.

Entre las parejas de la sala destacaban los novatos; para mí, «novatos» no eran solo los que se acababan de conocer casualmente, camino de la fonda y, ahora, por primera vez, intentaban explicar al que aún era casi un desconocido quiénes eran, de dónde venían, a qué se dedicaban. «Novatos», así llamaba yo también a esta o aquella vieja pareja y, además, expareja, que, tras una larga ausencia, después de años de separación, por primera vez mantenía un diálogo —y cómo se estancaba y se volvía a estancar— impulsado por la buena voluntad de ambas partes, y por más cosas. Por ahí en medio, aquella otra pareja de la que más tarde salió un alarido que inundó toda la sala —¿fue él o fue la mujer?—: «No quiero verte nunca más, ¡lárgate!» y, casi sin coger aire, con un alarido aún más desolador, si era posible: «Tú y yo nos pertenecemos, y nada puede separarnos, hasta la eternidad, quédate conmigo, ¡te lo suplico!» y, al final, un único lamento, sin palabras, que enseguida pasó a ser un canto, o al menos intentaba serlo.

Mi desconocida vecina de mesa —habéis leído bien—, que para mí llamé «mi dama de mesa», tenía delante un teléfono móvil con el cual escribía algo a alguien, y no pude por menos de leerlo, letra a letra, palabra a palabra: «Al bajar las escaleras del metro deseé que mi vestido (no solamente existen mujeres con pantalones) ondeara en el viento, y que, cuando me siguieras con la mirada, lo vieras desde arriba, pero era demasiado tarde, y tú ya no estabas ahí para verlo». (*La traducción es mía.*) Después de lo cual abrí inmediatamente mi propio aparato y en la pantalla leí tres poemas que mi amigo Emmanuel, el pintor de carrocerías, acababa de enviarme, el primero: «Rentré a la maison comme d’habitude / Je l’aime» (De vuelta a casa como siempre / La amo), y el segundo: «Est-ce qu’elle de mauvaise foi? / Et alors» (¿Tiene ella mala fe? / Y qué más da). Y aquí va el tercero: «Il faudrait que je retombe amoureux / Ça fait oublier les points et les virgules» (Debería

enamorarme de nuevo / Así olvidaría los puntos y las comas). (*La traducción aproximada es mía.*)

Entretanto me senté en uno de los taburetes altos de la barra, desde ahí tenía la mejor visión de conjunto de la sala. El barman mantenía una emocionante conversación con un invitado, el otro se limitaba a escuchar en silencio, y emocionado lo estaba únicamente el barman, que no paraba de contar cosas y más cosas. No pocos invitados de nuestra fiesta entraron una y otra vez por la puerta de vaivén y se metieron en la cocina como si la cocina también fuera su lugar. En mi copa de vino, una flor de castaño con la *line of beauty and grace*. (Me la tragué.)

De vuelta a la mesa me fijé por primera vez en el gigantesco televisor que había en el rincón, al fondo de la sala. Estaba encendido, sin volumen. Allí estaba sentado un panel de expertos en el que, por lo visto, se reía mucho: se mostraban las dentaduras como en un ritual y, de vez en cuando, cuchicheaban tapándose la boca con las manos, como entrenadores de fútbol que quieren ocultar su táctica. Todos habían pasado por su periodo de expertos y eran parte del eterno entretenimiento mundial. En una de las tertulianas reconocí a la autora de los hechos, aquella que había hablado de mi madre con ignorancia y desconsideración cuando ya estaba en la tumba. —¿De verdad era ella? —Era ella. Decidí que lo era. —Llevaba puestas tres gafas: unas encima de la cabeza, otras delante de los invisibles ojos y otras sobre el pecho, colgadas de un cordón, y una y otra vez anotaba alguna cosa con un lápiz extralargo, y yo deseaba que se le partiera por la mitad (solo que, como ya se ha dicho, este no era un día en el que los deseos ayudaran).

Y, de repente, la bola rodó, las canicas rodaron hacia otro lugar totalmente distinto del que estaba pensado al comienzo de esta historia. Ella, la malhechora, ella y sus semejantes no formaban parte de esta historia, ¡ni de esta ni de ninguna otra! En esta historia no había sitio para ella. Y esta fue mi venganza. Y esto fue suficiente como venganza. Esto fue y es

suficiente venganza. Habrá sido suficiente venganza, amén. No la espada de acero, sino la otra, la segunda.

Ella y sus semejantes. Y nosotros, aquí, en la sala, invitados de la fiesta, ¿teníamos «nuestros semejantes»? No, no teníamos nuestros semejantes, en ninguna parte del mundo. ¿Para nuestra suerte? ¿Para nuestra desgracia? ¿Éramos dignos de envidia, de compasión, de ser llorados? Santa confusión.

Un suspiro resonó por toda la sala de festejos. —¿«Un suspiro», algo «resonó»? —Así fue.

Le pedí a mi dama de mesa un espejo de bolsillo para contemplar mi cara de vengador: sí, ¿tiene este aspecto alguien que ha logrado la venganza largamente añorada? En el espejo me miraba una cara alegre, alegre como yo apenas me había visto nunca, y en los rabillos de los ojos, la pura ligereza. «¡Novio!, ¡novio!» (lo dijo en alemán por mí), escuché que gritaba en la noche un mirlo tardío ¿o fue un ruiseñor? Y, acompañándolo, el redoble de palmeras salvajes.

Otra historia es cómo aquella noche conseguí llegar a casa, al amanecer estaba delante de la puerta del jardín, sin llaves y, en el recuerdo, a cuatro patas; y de los bosques de la Colina Eterna, un primer disparo de cazador. Pero esta historia tiene que contarla otro.

Abril - Mayo 2019
Île-de-France / Picardía

---

* En español en el original. *(N. de la T.)*

* En español en el original. *(N. de la T.)*

Título original: *Das zweite Schwert. Eine Maigeschichte*

Edición en formato digital: 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1362-767-0